

148  
**TAJO**



MADELEINE CARROLL

**2**  
PTS





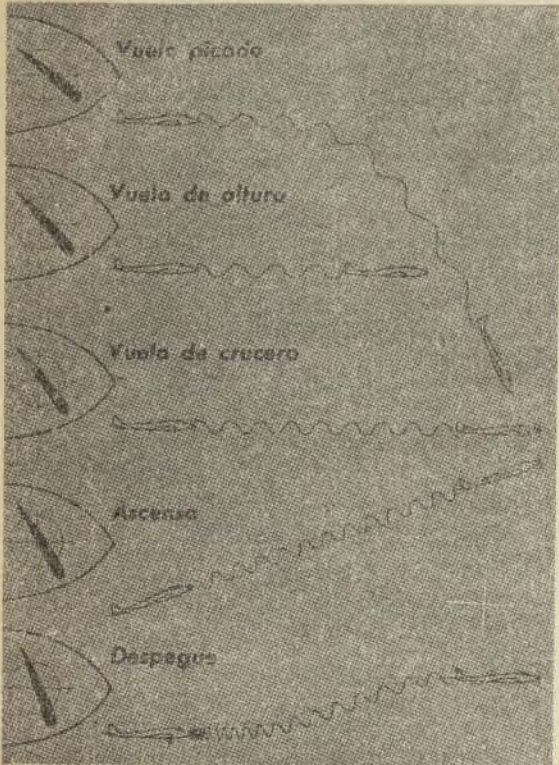
RONALD COLLMAN



# La hélice

de

# paso variable



Hasta hace pocos años, los pilotos prestaban muy poca atención a la hélice aérea. Esta cumplía su obligación en cuanto estaba en marcha el motor. El aviador estaba acostumbrado a sentarse en su máquina, dar gas y hacer despegar a su máquina después de cierta carrera. Las cosas cambiaron con el aumento de la velocidad, cuando los aviones comenzaron a desarrollar 200, 300, 350 y más kilómetros por hora. El despegue anteriormente tan sencillo, se hacía cada vez más prolongado y desagradable con los aviones rápidos. De pronto, las máquinas corrían con el gas a fondo, y poco antes de terminar el campo de aviación, los pilotos lograban a duras penas despegar a sus aparatos de la tierra. Incluso cuando el tren de aterrizaje ya había sido retraído, las condiciones de elevación dejaban aún mucho que desear. Sólo una vez terminado el vuelo ascensional, cuando el aviador había llegado a la altura deseada para pasar al vuelo horizontal, en el que la hélice trabaja bajo condiciones más favorables, la máquina cobraba más velocidad para acercarse a 200 ó 300 kilómetros por hora a su meta. A raíz de este desarrollo, los aparatos que superaban el límite de 300 kilómetros por hora podían despegar solamente de aeródromos especialmente grandes.

¿A qué se debía esto? Para obtener mayores velocidades se había dado un mayor ángulo de ataque a las paletas de la hélice, dándose a ésta un paso mayor. El perfil de las paletas de las hélices de los aviones rápidos atacaba en forma más inclinada al viento, con menos velocidad de despegue. El motor no alcanzaba el número máximo de revoluciones. En consecuencia, el grado de actuación de la hélice permanecía bajo su valor máximo, y los rendimientos de despegue descendían.

Cierta capacidad de adaptación a diversos modelos de aviones y motores la demostró la hélice de metal construida por la empresa Junkers, hélice ésta que podía ser reglada en tierra. Para tal objeto, las paletas podían ser giradas en el cubo, y mediante tornillos de presión podían ser fijadas en la inclinación deseada. Si un avión debía poseer condiciones de ascenso especialmente buenas, entonces las paletas de la hélice eran colocadas en tierra en pequeña subida. Así, el perfil de las paletas atacaba al viento con un pequeño ángulo de incidencia del plano. La corriente no se podía interrumpir; con un número mayor de revoluciones el motor rendía más, y el rendimiento de la hélice era bueno, tanto en el despegue como en el ascenso. El avión podía levantar vuelo, sin dificultad, desde pequeños aeródromos. En cambio, si en un avión la elevada velocidad era lo principal y si se disponía de aeródromos grandes, las paletas de la hélice eran colocadas en tierra en una subida mayor. De esta manera, era posible adaptar la hélice de reglaje a las particularidades de todo modelo de avión. Por este motivo, la hélice de paso reglable de metal constituyó un gran progreso en el desarrollo de las hélices aéreas. Además, la construcción metálica hacía aumentar la duración y la resistencia de la hélice contra calor, frío y humedad. La hélice fija de madera contaba ya con una competencia. Con esta solución no se había llegado más cerca de la solución del problema principal. Tampoco la hélice reglable estaba en condiciones de corresponder al gran salto de velocidad entre despegue y vuelo rápido, y por ello sólo posibilitaba un despegue rápido y buenas condiciones de ascensión, con menor velocidad de marcha, o alta velocidad media, pero malas condiciones de despegue y de ascenso. No obstante, los éxitos obtenidos con las hélices reglables de metal indicaban el camino a seguir en el futuro.

La hélice de paso reglable debía ser desarrollada hacia la hélice de paso múltiple, de manera que el piloto pudiera dar la inclinación deseada a las

paletas durante el despegue, el ascenso y el vuelo rápido. Este era uno de los objetivos más importantes perseguidos en el desarrollo de la hélice aérea.

Entretanto, la VDM, empresas metalúrgicas alemanas unidas, desarrolló y construyó una hélice de paso múltiple, que podía ser colocada en cualquier posición deseada por el piloto, durante el vuelo, mediante un pequeño motor eléctrico y un sistema de engranajes. Gracias a esta nueva hélice, el Me. 109 y el Do. 17 triunfaron en 1937, en Zurich, en la prueba internacional de vuelo, obteniendo resultados muy superiores a los de los otros competidores. Los conocidos motores alemanes Jumo 210, DB 600 y la hélice de la VDM daban a los aparatos alemanes grandes ventajas, que no podían ser alcanzadas tan fácilmente por el extranjero.

La hélice de paso múltiple posibilita al caza alcanzar grandes alturas y desarrollar aquí altas velocidades. Para el avión de bombardeo bimotor también era de valor incalculable. Anteriormente, cuando en tal aparato fallaba un motor—ya sea por efectos del fuego enemigo o por otras causas—, la hélice seguía girando por la acción del viento, y esto podía motivar serias destrucciones en el motor. Además, ese movimiento giratorio daba lugar a una gran resistencia, de manera que el otro motor aún en función debía marchar a todo gas, lo que fácilmente podía originar también daños. Mediante la colocación de las paletas de la hélice de paso múltiple en la posición de la menor resistencia al aire, llamada «posición de planeo», se podía paralizar totalmente al motor averiado, lo que tenía por consecuencia una importante reducción de la resistencia del aire. El motor aún en función podía ser llevado a un rendimiento menor, y hoy día nuestros aviones bimotrices de bombardeo, en el caso de fallar un motor, pueden volar aún centenares de kilómetros con un solo motor y alcanzar felizmente la base.

La hélice de paso múltiple también posee aún algunas desventajas. El cambio de posición de las paletas, que siempre debe estar en buena relación con el rendimiento del motor y la velocidad del aparato, exige una comprensión profunda de la técnica por parte del piloto. Especialmente durante combates aéreos, la atención de éste se encuentra tan concentrada sobre el enemigo que no puede observar y regular constantemente el número de revoluciones y el rendimiento de sus motores.

Con el objeto de superar también esta dificultad, la empresa Junkers desarrolló una hélice de paso variable automática, la que puede ser servida por el piloto con una llave que tiene tres marcas, a saber: despegue, ascenso y vuelo rápido. En esta hélice, un sistema automático hidráulico coloca a las paletas de la hélice en la posición deseada.

Por cierto que cada piloto debe estar en condiciones de manejar a mano tal hélice de paso múltiple, y la condición previa para esto es que conozca a fondo los efectos de la misma. Hoy día, gran parte de los aviones de la Luftwaffe está equipada con tales hélices automáticas, que facilitan enormemente el trabajo a los pilotos. Mediante el sistema automático se excluye, además, una sobrecarga del motor, porque éste funciona siempre con el número de revoluciones más conveniente, siendo indiferente si la máquina se encuentra en vuelo horizontal, en ascenso o en vuelo picado. De esta forma se ha alcanzado una amplia conservación de los motores, los que ahora pueden funcionar mucho más tiempo, sin ser sometidos a una revisión minuciosa. En resumen, la hélice de paso variable es un importante elemento para el aumento del poderío de la Luftwaffe alemana.



## LA PRIMERA DEL AÑO

Novillos de FLORES ALBARRAN.

Espadas: Paco Bernal (Zaragoza), Joselito Moreno (Sevilla) y Rafael Llorente (Barajas)



Joselito Moreno en un lance de capa al toro primero que se lidió en Madrid esta temporada. La labor del torero sevillano tuvo su único relieve al banderillear al cambio el segundo de la tarde

Preside la corrida inaugural—el día 19, festividad de San José—el señor Caruncho Ainsa. Más de media entrada. A las cuatro hacen el paseo, con la venia: Bernal (plata y negro), Joselito (celeste y oro), Llorente (azul oscuro y plata).

PRIMERO.—Fino de lámina y bien presentado. El primer tercio, desconcierto. Los banderilleros Bernal, Barral y el mismo espada ruedan por los suelos.

LA PRIMERA COGIDA.—El debutante, al iniciar un lance, sale empujonado y pasa a la enfermería.

Bernal brinda y comienza la faena por alto. Al segundo pase resulta cogido y derribado, sin consecuencias mayores. El pico de la muleta es la base de su trasteo. Está poco decidido. Dos pinchazos malos, entrando desde largo. Estocada atravesada y descabello. Silencio.

SEGUNDO.—Gordo y hondo. Nada en quites. Una faena del sevillano, Joselito Moreno, tratando de dominar. Un pinchazo y una estocada caída. Silencio.

TERCERO.—Manso, pero no peligroso. Nuevos revolcones del peonaje. Varios lances con voluntad del de Aragón. Faena sin aguantar lo debido. Pases de pitón a pitón, insulsos y sin garbo. Media atravesada y tendida y descabello. Silencio.

CUARTO.—Sale con la cara por los suelos. Pascual Bernal sale perseguido con aparato y salta espectacularmente. Paco Bernal, medroso con la muleta, trastea por la cara. Una estocada fácil y habilidosa. Algunos pitos.

QUINTO.—Más terciado y con mucho gas. Joselito Moreno se aprieta en unos lances, pero no para lo debido. Un buen quite de Bernal por gacneras. Dos pares de Joselito Moreno, que aburren por el exceso de preparación y no logran entusiasmar. Faena movida, para una estocada rápida, que basta.

SEXTO.—Mogón del derecho. Bravo y noble. Unas chicuelinas de Joselito arrancan palmas. Coloca dos pares de las cortas al cambio, que valen por dos ovaciones (las únicas de la tarde). Faena vulgar para un pinchazo, sin soltar, media contraria y otra media, que es suficiente. Algunas palmas.

La corrida ha durado dos horas y media.

### CRITICA

La primera corrida del año quedó en un mano a mano, desde el principio, debido al percance del debutante Llorente. El ganado de Flores Albarrán muy bien presentado, feos de embestida los cuatro primeros y muy nobles y suaves los dos últimos. La nota dominante entre la torería fué el desentrenamiento. Hubo más sustos que palmas. Nos quedamos sin saber lo que se «traían» el debutante, del que nos dicen es fácil con la muleta. A Paco Bernal, de sobra conocido, le vemos no avanzar ni poco ni mucho en el dominio de su profesión. Estuvo discreto, pero sin entusiasmar en ningún momento. Joselito Moreno, demasiado bullidor, en el sentido de no dejar quietos los pies. Su labor en banderillas le indultan de un juicio más severo sobre la totalidad de su actuación. Fría la tarde para los del tendido, hizo sudar, en cambio, a los del ruedo el feo estilo de los de Flores Albarrán.

El debutante Rafael Llorente Crespo, nieto del ganadero don Gumersindo Llorente y hermano del también novillero Andrés Llorente, tuvo la desgracia de ser alcanzado por un toro de Flores Albarrán en la corrida inaugural. El parte facultativo dice así:

«Durante la lidia del primer toro fué asistido en la enfermería de la plaza el diestro Rafael Llorente, a quien el doctor Jiménez Guinea le apreció una herida en la región escrotal de cuatro centímetros de extensión y ligera hernia testicular del lado izquierdo y un puntazo corrido en el tercio medio superior del muslo izquierdo. Pronóstico reservado.»



Paco Bernal en un pase de muleta. Ni éste ni los que le acompañaron pasarán a la antología del arte ni del estilo.





# LA CORRIDA DEL DOMINGO

Novillos de JOSE DE LA COVA

Espadas: Torerito de Triana (Sevilla), Luis Mata (Zaragoza) y Manuel Hernández (Madrid).

Un día de primavera—primero de la estación—que hace honor a la fecha. Presidencia, señor Caruncho. La entrada, un llenazo. Desfilan Pedro Ramírez (Torerito), Luis Mata y el debutante que se puso antaño Niño del Aquarium.

PRIMERO.—Hace una salida de toro bravo. Al recortarlo Vito, se revuelve rápido y cae inválido para la lidia. Ha sufrido lo que se dice un «desriñonamiento». Se apuntilla.

SEGUNDO.—Cumple en varas, pero sin acusar fortaleza. Quitos embarullados de los espadas. Mata brinda y trastea sobre la derecha, con algunos pases de castigo. Entra pronto y con ganas de terminar y cobra media en buen sitio. Algunas palmas.

TERCERO.—Acude pronto a los capotes y se vence un poco por el lado derecho. Nada de particular en quites. Cuatro varas que no encuentran el sitio clásico. Hernández muletea con genio, pero sin fijeza en varios doblones. Más quieto, saca una manoletina y se estrecha en un molinete. Mata de un pinchazo y una estocada con facilidad.

CUARTO.—Cumple con los de a caballo, pero se queda agotado y con media arrancada. Torerito lo lancea con voluntad. Lo cita con las dos rodillas en tierra y saca un pase por alto, bueno. Faena reposada. Al engendrar un derechazo sale empujonado. Con un pinchazo y una caída acaba Pedro Ramírez con su único enemigo de la tarde. Da la vuelta al ruedo y pasa a la enfermería.

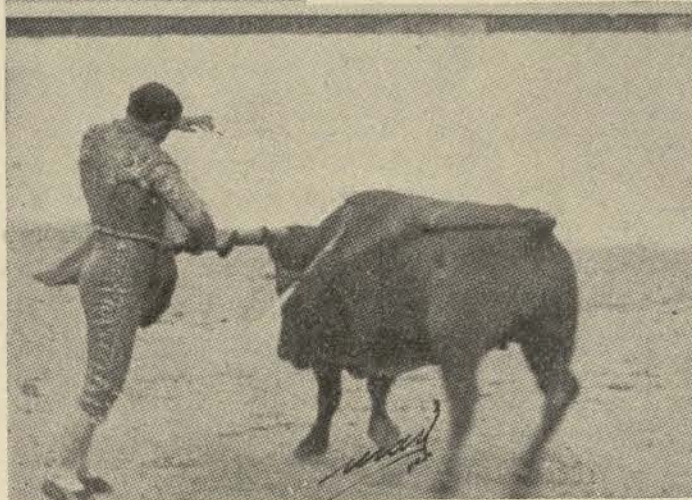
QUINTO.—Luis Mata se estrecha en unos lances. Un quite por gaoneras es de más exposición que arte. Comienza por ayudados y saca dos buenos. Al iniciar un redondo, el toro le empuja y derriba. Se levanta y busca la igualada. Al entrar a matar es cogido de nuevo. En brazos de la asistencia pasa a la enfermería. Queda Manuel Hernández con lo que resta de corrida. Mata el quinto con facilidad, a la primera.

SEXTO.—El más gordo. Cara de toro y muchos kilos. El de Aquarium no logra sacarle un par de lances buenos. La lidia que se le da es pésima. Bien banderilleado por Miguel y su compañero. Hernández está breve y termina con la corrida de una estocada a la primera intentona.

## CRITICA

Don José de la Cova envió una novillada de las que se dicen que dieron buen juego. Pero los espadas no supieron aprovechar las condiciones buenas y si tuvieron muy en cuenta los defectos a la hora de enfrentarse con ellos. Torerito de Triana dió la nota de valor en él característica, pero no lidió más que un toro, y éste acaso es el que embistió con menos alegría. Luis Mata, a quien le persigue la desgracia, sufrió la cornada cuando se barruntaba una faena del aragonés. Cumplió con dignidad el tiempo que estuvo en el ruedo. Manuel Hernández tal vez no estuviera en condiciones para un debut en Madrid. Le faltan conocimientos con la capa y muleta y debe dar gracias a Dios que la inspiración para evitar el percance estuvo siempre de su parte. Matando, muy fácil, pero con alivios que no son propios de quien aspira a un puesto en la novillería. Mató tres toros y sólo entró cuatro veces a matar. La corrida duró hora y media.

El bravo novillo de De la Cova, desgraciado al achir con celo a un recorte de Vito, tuvo que ser apuntillado al comenzar la corrida del pasado domingo.



Un pase despegado de Torerito de Triana en el único toro que lidió, que le alcanzó y derribó, hiriéndole. Pese a todo, mató bien y dió la vuelta, antes de ingresar en la enfermería. De allí comunicaron lo siguiente:

«Torerito de Triana sufre una herida de cuatro centímetros en la región occipital y sendos varetazos en las regiones lumbar y glútea. Pronóstico reservado.»

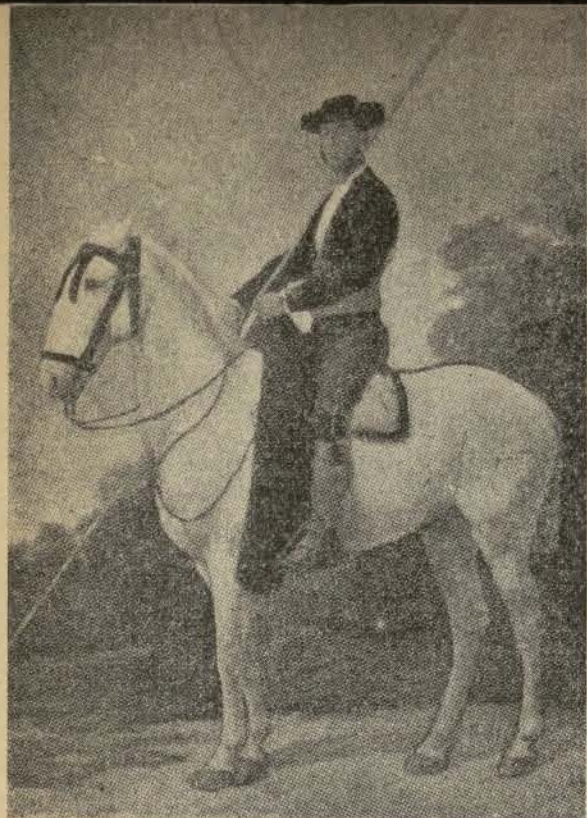
Manuel Hernández, Niño del Aquarium, rematando un quite. Su facilidad como estoqueador y la suerte le libraron de un percance en la corrida accidentada del último domingo en Madrid.



Luis Mata, después de unos pases valerosos, recibió una cornada. Se levantó decidido y volvió al toro, pero de nuevo fue cogido al entrar a matar. Ha sido el percance más serio de los muchos que se han registrado en dos días. Dice el parte:

«Luis Mata sufre una herida en la cara anteroiterna del tercio inferior del muslo derecho, que interesa la piel, tejido celular, aponeurosis femoral y músculos sartorio y vasto interno, en los que tiene destrozos. La herida forma una trayectoria hacia arriba y atrás que contornea el conducto vascular de los abductores y tiene diez centímetros de extensión, y otra trayectoria hacia abajo y atrás de cuatro centímetros, por debajo de los citados músculos. Presenta además un puntazo corrido a nivel de la espina ilíaca anterosuperior del lado derecho y erosiones en la región frontal. Pronóstico grave.»





D. Eduardo Miura Fernández, hijo menor del fundador de la vacada, que sucedió a D. Antonio en la posesión de ella. Los toros de Miura se lidiaron a nombre de D. Eduardo desde el año 1893 hasta el 1917.



La palabra «Miuras» es acaso la que mayor cotización ha tenido siempre en el ambiente de la torería. Hablar de una corrida de Miura es suponer ya un aliciente en el cartel, que de por sí se basta y sobra para llevar público a las plazas. Divisa que se parte por gala en dos—para Madrid, verde y negra, y para las plazas de provincia verde y encarnada—, cuenta con los tres colores básicos del toreo: el verde esperanza, sueño de un rojo de gloria y triunfo y la pesadilla del negro de luto que, al correr de los tiempos, fué cimentando para sí las camadas, que con esmero y escrúpulo iban seleccionando los herederos de don Eduardo Miura Fernández desde la remota fecha de 1842, en que se creó la ganadería andaluza, hasta nuestros días.

No poco ha contribuido a la leyenda de terror, que en torno a la ganadería se ha venido elaborando, la nombradía de los diestros que sufrieron cornadas de muerte en las distintas épocas del toreo.

D. Eduardo Miura Fernández, hijo de D. Antonio Miura y biznieto del fundador de la vacada, que se hizo cargo de ella en 1940 y que la posee actualmente.



## LEYENDA DE LUTO Y DE GLORIA, LOS MIURAS

En su haber tiene los siguientes percances mortales:

**ESPARTERO:** cogido y muerto, al entrar por segunda vez a matar, en la plaza de Madrid el 27 de mayo de 1894, por el toro «Perdigón».

**PEPETE:** Alcanzado a la salida de una vara y horriblemente corneado por el toro «Jocinero», el día 22 de abril de 1862.

**DOMINGUIN:** Cogido y muerto en la plaza de toros de Barcelona el día 7 de octubre de 1900 por el toro «Deserto», también alcanzando al diestro en el primer tercio de la lidia.

**FAUSTINO POSADAS:** Cogido y muerto en el mismo ruedo, también en Barcelona, el 18 de agosto de 1907. Impresionante percance que le infirió un novillo de Miura que respondía por «Agujeto».

**PEDRO CARREÑO:** Muerto a consecuencia de la cornada que le infirió en la plaza de toros de Ecija un novillo de la misma ganadería.

**MARIANO CANET «LLUSIO»:** Banderrillero de Frascuelo y Cara Ancha, muerto en Valencia por un toro de Miura el 23 de mayo de 1875.

**MANUEL SANCHEZ CRIADO:** Puntillero, que falleció en Sevilla el 15 de julio de 1894, cuando trataba de apuntillar una vaca de Miura llamada «Beata».

Estos antecedentes y el «sentido» que dicen los conocedores del oficio que tienen en todo momento los toros de la ganadería andaluza, formaron en torno a ellos una leyenda de espanto, que, objetivamente estudiada y sin apasionamiento, no es ni más ni menos que lo que ocurre con todos los toros de todas las ganaderías, que salen tirando cornadas y a veces cogen y matan.

Lo que no recuerda la afición con la misma insistencia que la leyenda negra, es la cantidad de toros de Miura que han formado prestigios y conseguido triunfos apoteósicos en los ruedos en los cien años de existencia de los toros miureños.

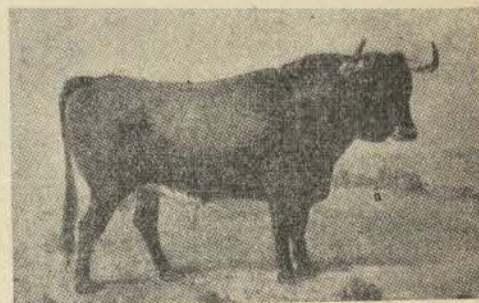
Por ejemplo: que Vicente Pastor, Belmonte, Bombita, Machaquito, el Guerra, Joselito, Marcial y hasta llegar a los toreros del día Manolete y Pepe Luis Vázquez, han conseguido armar verdaderas

escandaleras toreando toros de Miura que se fueron al desolladero sin sus apéndices auditivos.

Y menos aún se recuerda que también, y a título de ejemplo, existieron:

Un «Cuajadito», lidiado en Sevilla el 22 de mayo de 1856, que tomó veintiocho varas y mató siete caballos.

«Jaqueta», lidiado en Córdoba el 31 de



«ESTERERO».—Hermoso ejemplar de la ganadería de Miura lidiado en Madrid el día 4 de septiembre de 1881, que llamó la atención por su poder formidable. Lo mató el diestro Francisco Arjona Reyes «Currito».

abril de 1866, que aguantó treinta y seis varas y mató el solo diez caballos.

«Piamonte», en Barcelona, y un «Matacaballos» y un «Sonajero», en Bilbao, que no tomaron menos de diecisiete varas cada uno.

Y así, podríamos mencionar toros célebres de la vacada de los «niños de Miura», como «Catalán», «Violeta», «Fortuno», «Podenco», «Lechuzo»..., hasta una lista verdaderamente interminable.

Este ligero bosquejo de la ganadería



«CIGARRERO».—Toro de la ganadería de Miura lidiado en Madrid el día 4 de septiembre de 1881, y que proporcionó al diestro «Cara Ancha» uno de los mayores triunfos de su vida artística.

de más «ruido» en las combinaciones de carteles de feria afianza un tanto la impresión que tenemos de que si en verdad mostraron siempre dificultades y fortaleza para los toreros, y perversas intenciones en algunas ocasiones, no lo es menos que su mismo nombre de terror servía en muchos casos para arrancar de los públicos hiperbólicas expresiones en pos de los artistas más famosos, hasta consagrarlos como primerísimas figuras por sus actuaciones frente a los Miuras.



# CUANDO *Juan Belmonte* FUE PERIODISTA

Entre otras cosas, recuerda su primera corrida, donde toreó con un terno de corista femenino.

por JOSE ALTABELLA.



Muchas veces se ha hablado de grandes personalidades intelectuales que en algún momento de su vida tuvieron alguna relación, más o menos intensa, con la Prensa. Todos sabemos de esos políticos que en altos cargos de la vida pública, al ser visitados por los periodistas, acogen a éstos con un aire simpático, cordial, rememorando sus buenos tiempos, las épocas de su juventud, en las que fueron «chicos de la Prensa». También catedráticos y hombres de letras que evocan con notable fruición, ya vencida su trayectoria cumbre en disciplinas de índole cultural superior, los lejanos tiempos en que emborronaron cuartillas para periódicos locales, o tienen tiernos recuerdos sobre revistas y periódicos que ellos mismos fundaran en años de escolaridad y estudiantina.

Pero ahora el caso del periodista de quien queremos hablar es otro muy distinto. Se trata de un torero, un hombre sobrenatural que supo hermanar el afán de cultura con la gracia taurina, y dejó escuela, y marcó un hito, y es hoy un símbolo, luz ardiente, alumbrando votiva en los anales de la vida nacional: Juan Belmonte. Sí, señores; Juan Belmonte, aquel que recogió en una noche triunfadora la herencia árabe de los Frascuelo, Machaquito y Espartero. El coloso Belmonte, que tuvo corte de literatos, fué periodista. Y llevó a las prensas el eco desbordado de su conocimiento, de su sabiduría.

Y fué no hace muchos años, precisamente. En febrero de 1937, en la revista «Atlantic». Llegó al periodismo para cumplir esa misión soberana de decir las cosas que debía decir y como las debía decir. ¡Sólo las podía decir él! No sonriais por la ingenuidad del título, aunque os recuerde los manuales de Francés en diez lecciones o los tratados de Oratoria en quince capítulos. «Cómo se llega a ser torero». Es todo el triunfo en vida del que ha llegado, en burlas con la Gloria y con la Muerte, para decir el secreto dulce de su grandeza. ¿Recordáis, viejos lectores, lo que de él dijo aquel campeón del periodismo descarnado, que se llamó Prudencio Iglesias Hermida?... Hace muchos años que lo escribió; yo lo he leído y releído en los dormidos tomos de mi pequeña librería. Tienen fecha de 1914: evocación de tragedia europea sobre una biografía de tragedia personal. Escribió esto:

«Espartero, enclenque y pálido; Reverte, fabulosamente débil de piernas, tenían un torero heroico. Belmonte, más débil, si es posible, que sus dos compañeros aborígenes, tiene un torero trágico.

—A Belmonte lo matará un toro—dice la gente.

No. Belmonte morirá de viejo. Tiene «mas-cota» ese muchacho. He notado que los toros llegan a quererlo. Pasan a su lado atolondrados; se contagian, sin duda, de la tranquilidad absurda del ídolo de Triana.

Todos los espectadores hemos notado que muchas veces Belmonte toreaba como si estuviera solo.

Belmonte es el visionario del toreo. Hay algo sobrenatural en ese muchacho que, con gran melancolía, se pega a los costillares y a los cuernos; toreaba sin mover los pies, sin sentir los nervios, a merced de su pobreza física, y sin oír el jadeo de la Muerte que lo espera, sin cansarse, al lado de su capote.

Belmonte es un predestinado. Sus ojos tristes, sus piernas débiles, su torso ni vigoroso ni estatuario, todas esas tristezas se transfiguran ante la fiera.»

A Belmonte no lo ha matado un toro, para que el Tiempo pudiera decir de él que «también fué periodista». Revive en su artículo, de la mejor factura de cronista, los tiempos y las hazañas de un toreo, entre romántico y vistoso, ya legendario en el mito de los añosos recuerdos, que son carne en la Historia conmovida de la Tauromaquia.

Juan Belmonte manifiesta en su escrito sus condiciones de soñador, de alto señor del ensueño, apresado en la lóbrega miseria de su infancia vivaracha e inquieta. De aquí tal vez radique su anhelo de fraternizar con escritores y artistas. Paco Sancha, Fernando Gilis, Medina Vera—magos del lápiz y la pluma—fueron sus primeras devociones.

Se ha dicho que el torero, desde la arena, sólo piensa en despachar su cometido, como mejor le pueda salir; si sale bien, favorable casualidad. ¡Notable error, que no reza con los diestros de raza! De aquella época florida y sonriente de su juventud, ya en coqueteos con la ilusión de la fama, el trianero escribe:

«Con el último toro logré, por primera vez en mi vida, entregarme en cuerpo y alma a la pura alegría de torear sin darme cuenta del público. Estaba ejecutando la faena ideal, la faena que tan a menudo había visto en mis sueños, con tantos detalles, que cada una de sus líneas estaba grabada en mi cerebro, poniéndome entre los cuernos del toro y oyendo las aclamaciones de la multitud como un murmullo distante...»

Soñando, como un poeta del pasodoble hecho valor torero, Juan Belmonte rasgó el silencio de las plazas con la grandeza lírica de las estruendosas ovaciones, ante la épica de sus faenas frente al toro. Lo que dice en sus cuartillas es espejo exacto y vivido de su verdad, donde el calor de su prosa clara era como el reflejo de su arte intenso. Por eso, en este artículo, el famoso rival de Joselito se muestra tan periodista, porque cuenta cómo ha sentido; virtudes esenciales del escritor de los papeles públicos, como se decía antes. Refiere, luego, su primer contrato en Valencia:

«Al fin—sigue escribiendo Belmonte—, me dejaron de una pieza al decirme que podría lograr mi ambición de torear. Pero, ¡en qué condiciones! Eran seis toros, tan grandes, tan feos, y con unos cuernos tan torcidos, que nadie los quería. Yo tenía tales ansias de torear en una corrida, a cualquier precio, que por ochenta pesetas me comprometí a matar dos de aquellos mastodontes.»

Hubo que buscar, ¡naturalmente!, quien le

alquilara un traje de luces, y aquí empezó otra ocisea, terminada con un final de sainete arre-vistado, ya que tuvo que recurrir, como supremo modo de salvar la situación, a un guardarropa teatral, donde se colocó un terno provisional de corista femenino. El periodista fino, detallista, psicológico, que hay en Belmonte, subraya gozoso: «Decorado con bordados absurdos». Y la ironía, matiz que esgrime con soltura y personalidad, deja aparecer sus orejas por las líneas de este párrafo: «En ajustario a mi medida trabajé hasta la madrugada, y a esa hora ya estaba dispuesto a morir. La convicción de que me esperaba la muerte se hizo tan firme, que comencé, con la mayor seriedad, a poner mis asuntos en regla. Tenía un paquete de cartas que para mí eran inimitablemente preciosas; las releí y mi corazón rebosó de pena. Una por una las quemé en la llama de la vela. Dije adiós mentalmente a mis amigos y parientes, puse mi traje en una silla, apagué la vela y me acosté a dormir el último sueño terrenal con una serenidad de espíritu que a mí mismo me sorprendía. Esa tarde iba yo a morir. Estaba escrito».

Pero no, no fue a la muerte, sino todo lo contrario: «de la inmortalidad al alto asiento», donde gozan los elegidos de la fama los honores del público. En aquella tarde brilló con los más resonantes oros el Sol. El héroe, abatido en la enfermería de la plaza levantina por una cogida, que le había herido en el estómago, hubo de convalecer durante unos días; en los que le llovieron contratos para más corridas, pagadas también a ochenta pesetas cada una.

Todo, hasta su definitivo triunfo en la plaza de Sevilla, donde él sí fué profeta en su tierra, y los suyos se alegraron de su destino y su triunfo. Ya en el pináculo del éxito, recuerda en este mismo artículo cómo fué el dedicarse a vivir entre el sol y sombra de los circos enarenados:

«Yo no sé cuándo me resolví, en realidad, a ser torero. Practicaba el toreo por la influencia del ambiente, porque me divertía, porque el riesgo y las aventuras de esa azarosa profesión cuadraban con mi propia inclinación instintiva hacia la incertidumbre y la aventura...»

Como había que decir todas estas cosas, y otras más—también ha confesado que «le gustan los toros y le disgustan los toreros»—, Belmonte ha escrito un artículo y se ha acreditado de periodista. En réplica también, quizá, a muchos periodistas y literatos que también fueron toreros en su juventud... ¡pero luego lo dejaron!



# **RESEÑA HISTÓRICA de la FIESTA DE TORO**

## **EL TOREO A CABALLO**

(Continuación.)

Por **ANTONIO DIAZ-CAÑABATE**

Don Pedro de Aguilar trata exclusivamente del toreo a caballo, único practicado en su tiempo, y del empleo de la lanza como arma del caballero, pues el rejón es posterior, aparece en tiempos de Felipe IV, aunque también da consejos y reglas para el uso y empleo de la espada, reservado sólo para trance: apurados, y en tal ocasión, dice concretamente Don Pedro, «si se ofreciere echar mano de la espada, se ha de hacer con mucha desenvoltura y determinación, ayudándose a sacarla de la vaina con la mano de la rienda». Para nada habla Don Pedro de Aguilar de los peones servidores del caballero, cuyo papel de auxilio a su señor era limitadísimo y circunscrito, como ya queda dicho, a los solos casos de accidente desgraciado del caballero, que le imposibilitaran de seguir actuando.

Libre ya la fiesta de toros del enorme peligro del que la libró Felipe II, a la muerte de éste y con sus sucesores, Felipe III y Felipe IV, alcanza el toreo caballeresco su máxima esplendor. Cualquier motivo es bueno para correr toros. Sucesos de toda especie se solemnizan con corridas, a la mayoría de las cuales asiste el Rey. Y no sólo las fiestas profanas, sino fiestas eclesiásticas, tales como las canonizaciones de los Santos españoles—Santa Teresa, San Isidro, San Ignacio y San Francisco Javier—en tiempos de Felipe III, son buenas para incluir entre los regocijos públicos toros lidiados por la mejor nobleza de la corte.

### **EL INVENTO DEL REJÓN Y SU TRASCENDENCIA**

Felipe IV es el Rey de España que mejor lo pasó en este mundo. Todo lo hizo menos gobernar sus Estados, misión que confió a su valido el Conde-Duque

de Olivares. No es de nuestra incumbencia terciar en la polémica que los adversarios y partidarios del Conde-Duque sostienen sobre las verdaderas causas de la decadencia que nos llevó a tantas pérdidas, en el reinado de Felipe IV. Para nosotros, historiadores y aficionados taurinos, Felipe IV fué un gran Rey, mirado sólo desde nuestro punto de vista. Protector decidido y asiduo espectador de las corridas de toros, en su época se celebran los más lucidos y completos festejos taurinos. El invento del rejón permite dar un paso hacia adelante, trascendental, en el arte de lidiar toros. La lanza, instrumento tosco, primitivo, de pura lucha, no permite que la destreza y el arte del caballero se manifieste con la gallardía y la vistosidad que el rejón tolera e impone; con el rejón hay que acercarse más al toro, y, por lo tanto, es necesario torearlo, lidiarlo, porque un rejón no puede clavarse a la buena de Dios. Y al ser preciso lidiar un toro, y al tener, para rejonearlo, que acercarse más a él, es indispensable una ayuda y un auxilio. ¿De otro caballero? En casos determinados, sí; pero comúnmente, no. Y entonces empieza a sobresalir el trabajo del peón de estribo. Aquel peón de estribo, que antes con la lanza era puro lujo del caballero, adquiere con el rejón más concreta, difícil y elevada misión: la de auxiliar al rejoneador, corriendo al toro, cortándolo, quitándolo, cuando el rejoneador se vea apurado o no pueda por sí solo burlar la acometida de la res.

Ya dijimos oportunamente que desde que la lucha de hombres con toros se convierte en espectáculo, no cabe duda que este espectáculo, en su manifestación popular, sería una especie de las capeas de ahora. Es decir, que paralelamente al toreo a caballo, practicado únicamente por caballeros, había un toreo a pie, ejecutado por los villanos, y que por las prohibiciones de

que fué objeto y por otras causas fácilmente comprensibles, no se desarrolló con el mismo ritmo paulatinamente intenso del toreo a caballo; pero no por ello desapareció del gusto ni de la práctica de la gente del pueblo, que aun en las fiestas de la nobleza, aun en las corridas regias, intentaban torear con una manta o a cuerpo limpio, y cuando ello no era posible, citaban desde sus localidades al toro, con banderas y pañuelos, y desde las vallas le hostigaban con lancillas y harpones.

Si los toreros a pie no hubieran existido, si la afición a luchar con los toros no constituyera algo entrainado con hondas raíces en el alma del pueblo español, que a gala tuvo siempre hacer de la valentía atributo esencial del hombre, seguramente las corridas de toros caballerescas, espectáculo de lujo, después de alcanzar su cima esplendorosa en tiempos de Felipe IV y decaer rapidísimamente en los años del primer Borbón, Felipe V, no hubieran renacido a manos y por impulsos populares, sino que hoy serían uno de tantos festejos de nuestros antepasados, conocido sólo de los eruditos o de los aficionados a la Historia. Por eso juzgamos trascendental el invento del rejón, que permitió al pueblo irse adiestrando en el toreo a pie. El arte del rejoneo es bello, pero soso, monótono, insuficiente de emoción para apasionar a los públicos; no posee ni comunica ese temblor escalofriante que sentimos al contemplar a un hombre, provisto de leve defensa, luchar, dominear, vencer a una fera, con el corazón y la inteligencia, frente a frente.

La prueba es que ya en el siglo XVII, es decir, en pleno auge del toreo a caballo, existían tereros a pie. En el Archivo Municipal de Sevilla se encuentra una solicitud de ayuda de costas, suscrita por Juan de Cabrera Estuñiga, en atención a que éste y su cuarentena «hicieron suertes de capa muy lucidas en las fiestas que Vuesñoría fué servido de hacer estos días, por el nacimiento del príncipe». Y así como hemos visto que Don Pedro de Aguilar, primer tratadista de la manera de alancear un toro a caballo, no alude para nada al toreo a pie, como tampoco Don Gregorio de Tapia y Salcedo, quien en 1643 diserta sobre el rejoneo y fija reglas y observaciones acerca del toreo ecuestre, Don Gaspar de Bonifaz, caballerizo del Rey, ya se refiere, en otro trabajo sobre el ejercicio de la jineta, a los «empeños a pie». Cuando el caballero perdía en los azares de la lidia guante o atavío, descendía del caballo y se enfrentaba con el toro, a pie, con la espada en la mano. De dos caballeros, llamados Lara y Chacón, conocemos lances de esta especie. Posterior a Don Gaspar de Bonifaz, Don Luis de Arejo publicó un opúsculo en el que se concreta ya de manera precisa cómo debe comportarse en la plaza el torero de a pie, auxiliar del caballero; cómo debe emplazar al toro en la jurisdicción del rejoneador y cómo debe sacarle del caballo, cuando el caballero haya clavado el rejón.

Numerosos fueron los nobles que en las cortes de Felipe III y Felipe IV elevaron el alancear y rejonear toros a las cimas perfectas de lo que ya era un arte. Citaremos a unos cuantos, verdaderamente distinguidos como jinetes y lidiadores, tales como el Duque de Medina Sidonia, el Marqués de Mondéjar, el Conde de Tendilla, el Conde de Camarasa, el Conde de Rivadavia, el de Villamediana y a un caballero llamado Gallo, inventor de la espinillera, precursora de la ac-



Siglo XVIII. — Juan de Toledo. — Caballeros rejoneando un toro acorralado por perros.



tual «mona» de los picadores, la armadura de hierro que se colocan en la pierna derecha para librarse de las cornadas de la res.

El lamentable reinado de Don Carlos II, el Hechizado, último Rey de los Austrias españoles, no significa en el toreo lo que en la política y la administración pública, esto es, un desastre; sino que las fiestas de toros continuaban siendo el espectáculo predilecto de la nobleza y del pueblo, sin que se advirtieran síntomas de decadencia, sin embargo tan próxima.

## DECADENCIA Y CASI MUERTE DEL TOREO A CABALLO

Y entramos en un tiempo de terrible prueba para las corridas de toros: el reinado de Felipe V. Conocidas son, incluso de los más legos en Historia, las causas que determinan la exaltación al trono de España del nieto de Luis XIV de Francia. Nacido Felipe V en Versalles y educado en aquella corte, mal podían avenirse sus gustos, aficiones y placeres con los placeres, aficiones y gustos de los españoles, y, naturalmente, mucho menos con las corridas de toros, espectáculo fuerte, cruento, propio para paladares menos exquisitos y refinados que los del Duque de Anjou, convertido, por el testamento del desgraciado Carlos II, en Felipe V de España. Con la entrada de la nueva dinastía se modifica todo en la corte, y los nobles españoles abandonan sus antiguas costumbres para amoldarse a las nuevas, más currutacas, más de salón y de sarao. La corte de Versalles, ahora que no nos oye Luis XIV, debía de ser insoportable. A los que no tuvimos ocasión de conocerla nos la han hecho odiosa todo ese montón ingente, siempre en alarmante aumento, de libros que nos hablan de sus intrigas, de sus devaneos, de sus favoritas, de los jardines, de las continuas fiestas, de los escándalos continuos y del acto trascendental de levantarse todas las mañanas el Rey. Confieso que Luis XIV sabía vivir a su modo, pero no le envidio, a pesar de ser un sol de Rey o el Rey Sol. Tampoco le envidio a Luisa la Vallière, a madame de Montespan, ni a la Maintenon, las más célebres y bellas de sus favoritas, todo el día dándole disgustos y pidiéndole mercedes.



## LAS MAESTRANZAS Y EL PUEBLO CALZAN LAS FIESTAS DE TOROS

Cuando Felipe V visitó Sevilla, el año 1730, le obsequiaron, quieras que no, con tres fiestas de toros, de diez cornúpetos cada una, para hacer bueno el dicho de que al que no quiere caldo, tres tazas. Las Maestranzas de Ronda, Granada y Sevilla fueron las principales mantenedoras de la afición; ellas ampara-

vera, especialista en el parcheo y en la suerte del arpón, y el extremeño Godoy y Falces, el más notable y celebrado de todos estos primitivos toreros a pie, que nosotros debemos enaltecer y glorificar, ya que a ellos les debemos el haber podido ver torear a Joselito y a Belmonte.

Gran recurso de las Maestranzas andaluzas fué organizar corridas con fines benéficos a favor de las cofradías y hermandades, obteniendo de este modo el fácil consentimiento de las autoridades, temerosas de incurrir en el desagrado real si toleraban la constante celebración de festejos taurinos.

En tiempos de Felipe V, en 1726, aparece un libro fundamental en la bibliografía taurina, la «Cartilla del toreo a caballo», original de Don Nicolás Rodrigo Noveli, resumen de todo lo que entonces se sabía en la materia, sin olvidar indicaciones sobre el incipiente toreo a pie. Noveli no fué un simple teórico, sino que su libro es fruto de lo que «observó su cuidado en la continua aplicación a tan bizarro ejercicio» (el de rejonear).

El año 1746 muere Felipe V, y le sucede su hijo Fernando, sexto de este nombre en la cronología de los Reyes de España. Fernando VI era un buen hombre. Reinó trece años, y en estos trece años España vivió, sintió y vió cosas extraordinarias y desusadas hasta entonces, francamente increíbles. Juzgad: En esos trece años, España vivió en paz con todo el mundo, y al morir el Rey Fernando VI había en las cajas del Estado un superávit de trescientos millones de reales. Fernando VI era tan triste y melancólico como su padre, y, como a su padre, no le distraía más que oír todos los días, sucediera lo que sucediera, al cantante Farinelli, el alegrador de las horas tristes y taciturnas de Felipe V. Uno no se explica esta predilección, porque bien están los gorgoritos de cuando en cuando, pero ¡a diario...!

Sin embargo, a Fernando VI no se le puede considerar tan tauróforo como a su padre, pues si bien es verdad que no gustaba de las corridas de toros, consintió de buena gana la continua celebración de festejos taurinos, los cuales, durante su reinado, tuvieron un carácter exclusivamente popular y hasta popular en demasía. Ya los nobles, si no totalmente, pues algunas fiestas caballerescas se organizaban de tarde en tarde, estaban alejados de las arenas de las plazas de toros, y si actuaban era por excepción y no por hábito. Los mercenarios del toreo se enseñorearon de él. Velázquez y Sánchez divide a estos mercenarios de la época de Fernando VI en tres categorías: cuadrillas formales, bandas aventureras y tropas de mojiganga.

«Parece ser que Felipe V se aburrió mucho en España. Se entretuvo en construir el palacio, los jardines y las fuentes de La Granja; abdicó la Corona en favor de su hijo Luis, la volvió a recoger, muerto éste al poco tiempo, y, en fin, al hombre le faltaba algo, y este algo fué, indudablemente, las corridas de toros. Presenció unas cuantas, muy pocas, y nada: no le convencieron y eso que los nobles rejoneadores se esforzaron en demostrar todos su arte, ya muy depurado y estilizado por consecuencia del esplendor taurino de los reinados anteriores. Felipe V era lo que llamamos un aburrido, lleno siempre de tristeza, de melancolía, indolente, tímido. Sólo conseguían hacerle reír un poco los trinos y los gorgoritos del cantante Farinelli. La fiesta de toros, al no contar con el apoyo palatino, decayó de manera vertical. Y en las fiestas

ron, protegieron y alentaron la celebración de corridas, y como escaseaban los nobles que quisieran tomar parte en ellas, echaron mano de los toreros de a pie y de los parcheadores, suerte que se ejecutaba quebrando al toro y, al quebrarlo, le pegaban un parche en el testuz y otras veces un arpón, insinuación de lo que, andando el tiempo, sería la suerte de banderillas. Este arpón también se clavaba al cuarteo y a la media vuelta. Asimismo, la Maestranza de Zaragoza fomentó en su región la fiesta de toros, sin descuidar oportunidad de organizarlas, con nobles o sin nobles, a pie o a caballo. Navarra tampoco se quedó atrás, que los navarros siempre fueron aficionados a lidiar toros a pie; e incluso en Castilla, los festejos populares sustituyeron a los caballerescos y empezaron a hacerse notar diestros como Potra el de Tala-

(Continuará.)



# ¿CUANDO SE HA TOREADO MEJOR?

Las cejas pobladas del «Camisero» se fruncen tanto, tanto, al conocer nuestro deseo, que, sin querer, empujan hasta el límite los gruesos cristales que cabalgan gustosos sobre su nariz, y como si quisiera retenerlos en un alarde de estabilidad, su rostro adquiere un aire altivo, que, poco a poco, va disipando la amena palabra que surge de sus labios—labios curtiditos a todos los más salados ceceos y a las más espontáneas ocurrencias—, y en borbotones puros, como el agua que salta del propio venero, va inundando nuestra curiosidad de sustancia precisa.

—Torear clásicamente, como toreaban Guerrita, Bombita, Faico, Fernando el Gallo, Cara Ancha, don Manuel Carmona—y en la distinción pone el subrayado de toda su mayor devoción—, no se ha vuelto a torear en la generación actual. Torear como toreó José, como toreó Belmonte, como toreó hasta el propio Manolo Bienvenida, pongo por límite del toreo moderno, no contemporáneo, tampoco se ha vuelto a ver ejecutar. De lo que se hacía antes—toreo clásico—a lo que se hace ahora—toreo preciosista—media un abismo. «Aquello», de toreo esencial, tenía mucho; «esto» tiene bien poco. Manuel Carmona toreaba con el capote de la manera más fina y pura que se ha conocido. Toreo de seda. De ahí viene la exquisita manera de torear que apunta



Un adorno de «Guerrita»—expresión de la teoría que tan denodadamente nos defiende don Angel Carmona—, y que ponemos en juego de atención y comentario.

hoy Albaicín. Si como toreaba este chiquillo al becerro torease algún día ante un toro de cinco años, aún podríamos hacer comparaciones entre el toreo antiguo y el toreo moderno. Desengáñese. No es lo mismo torear que componer la figurita. Hace mucho tiempo que de los ruidos falta el respeto al toro. Y saliendo el torito—inofensivo en su relatividad—, los diestros han encontrado la fórmula de distraer a los públicos con un curso de efectismos artísticos, efectismos que nada contarían si tuvieran que enfrentarse con la realidad de dominar y torear después a un toro.

—¿Cuándo se ha toreado mejor?— Y como, si la pregunta—burbuja de plata—se le diluyese en el recuerdo, don Angel—sinónimo exacto de este ex lidiador todo comprensión y talento—nos afirma: —Zuloaga—maravilla de nuestra España—, en sus tiempos de afición joven, discípulo predilecto de Manuel Carmona en el arte del toreo, ha toreado—«pa que usted se empape»—tan bien como se pueda torear hoy—. Y como si descargara su conciencia del peso de esta clara afirmación, el autor de «Pensamiento» se quiere escabullir en pausas, que intentamos abreviar al insinuarle:

—Si comparamos las fotografías que nos llegan del toreo antiguo con las actuales...

—Eso no dice nada. Antes, la técnica fotográfica no había progresado lo que en la actualidad. Y había que conformarse con lo que «saliera». Hoy, por cada fotografía que se adquiere, se desechan diez o veinte en cada «faena». Y de esta selección resulta que de instantes de la lidia que no tuvieron nada de felices, surjan verdaderas obras de arte, verdaderos carteles de toros. Pero se analiza la faena que dió motivo al acierto gráfico, y no podemos de ningún modo borrar el desacuerdo.

Y vuelve al tema contundente de su razón—la diferencia entre lo clásico y lo preciosista—, y vuelve, repantigado en su sitial del café, donde aliena su cátedra, a evocarnos la perfección estilizada en la manera de torear de

Antonio Fuentes, y la gracia hecha dominio del maestro de todos los tiempos, el sin par Guerrita... La palabra de don Angel Carmona surge, límpida de toda afectación:

—Se abusa del equívoco—nos asegura el «Camisero»—cuando se pretenden exaltar los rasgos de valor del día. ¿Es que Reverte, al rematar un quite en la feria de Sevilla colocando su codo derecho sobre el testuz de un Concha y Sierra de 350 kilos de peso y con dos buenas defensas, no justifica un alarde que acredita el acortamiento de distancias en el toreo antiguo?

No hay forma de comparar con exactitud. Para contestar categóricamente a la pregunta que amablemente me hace TAJO, no se me ocurre otra cosa que esta sencilla afirmación:

*Los toros que se lidian hoy los torearían aún mejor los toreros de ayer, y con los toros de ayer no se vestirían de toreros el noventa por ciento de los toreros de hoy.*

Y la prueba clara—síntesis del aserto—de que el toreo que predomina actualmente se le podría hacer a los toros que se acostumbraban a lidiar en pasados días, lo hemos tenido en una fecha reciente, cuya reiteración la creo oportuna y de estricta justicia. En la pasada temporada, en Madrid, Pepe Bienvenida, el más completo de todos los toreros actuales, lidió con capote y muleta y mató de una superior estocada, en la suerte de recibir, a un toro de Pablo Romero, imagen y semejanza de los toros preferidos en épocas pasadas. A la manera clásica y con ribetes del más puro preciosismo. ¡Como lo hacían los toreros como Cara Ancha y Manuel Carmona. ¡Lo que ocurre, es que, para desgracia nuestra, no nos es posible resucitarles y exponer sus faenas y su toreo, prácticamente, a la vista de los públicos del día...

Calla don Angel Carmona—nieve en su siempre lozanía abrilena—para entregarse a su pasión favorita: la estadística. Y una anotación que saltó en su memoria queda presa en rasgos peculiares en una cuartilla, donde recoge a la hora, al minuto, toda la diaria vibración del toreo, para volcarla después en el arsenal completo de su archivo taurino, al que dedica lo más lozano de su larga vida de cuidadoso recopilador y coleccionista. Y allá, en el recodo de su tradicional tertulia, le dejamos laborando...

Como si ajustara su montera a su frente, don Angel aprieta en un gesto torero los gruesos cristales que cabalgan siempre sobre su nariz aguileña, como si quisiera con ello fijar más aún la atención interior que, en vano, tratamos de distraer por unos minutos.

ANGEL BUENO

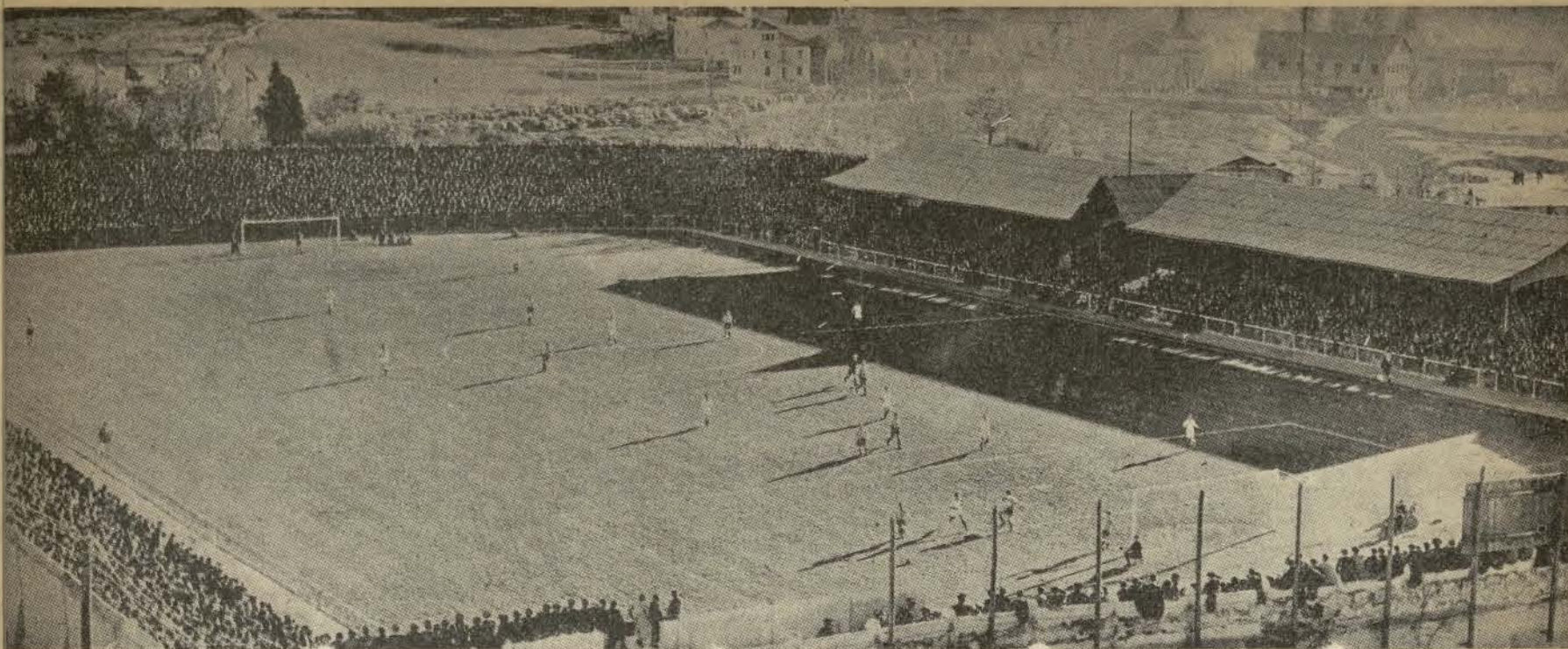


Angel Carmona «Camisero» el ex matador de toros, hoy exquisito aficionado y gran paladín de la fiesta de los toros, a cuyo mayor auge dedica su actividad y su experiencia.



El toreo de hoy a un toro de ayer. Pepe Bienvenida con las orejas que supo cortar en Madrid a un ejemplar de Pablo Romero, después de torearlo y estoquearlo a la manera clásica.





## MOLEIRO, "el soldado romano" del fútbol madrileño.

«Si a ése le ponen esta tarde de delantero centro, arma el espolio.» Se venía abajo—nos sentimos nosotros arrastrados también por lo gráfico del bárbaro argot deportivo—todo Chamartín. Más de veinte mil almas aclamaban enfebrecidas a los muchachos que durante noventa minutos habían puesto ante los ojos de los espectadores el bello espectáculo de un fútbol primoroso. Todo había cooperado a que la tarde se vistiera de tonos emotivos. El sol, primavera anticipada exactamente una semana; el rojo y blanco de los colores del Atlético de Bilbao, en contraste con el albo impoluto del jersey del Madrid; la amenaza, espada de Damocles, pendiente sobre unos colores apasionadamente amados en la capital de España, que se enfrentaban al noble enemigo secular ansioso de gloria, rutilante de juventud y triunfo. ¡Madrid-Atlético de Bilbao! Suma y compendio de todas las emociones, de la historia toda del fútbol de nuestra Patria.

«Si a ése le ponen de delantero centro, arma el espolio...» ¡Verdad, verdad...! La afirmación que entrecorrimos es de un viejo jugador, que, retirado ya, «sirve» los uniformes, las botas y las calzas azules a los jugadores del Madrid. Treinta años de «dar» y de ver buen fútbol, han hecho de él un experto, cuyo juicio buscan y temen cuantos al Club histórico de Chamartín llegan con aspiraciones ambiciosas, y aun aquellos que ya las colmaron a través de años de dedicación al equipo de sus ensueños. Peris, el antiguo defensa madrileño, emitía su elogio, musitado para él mismo, sin pretensiones publicitarias, que odia... cordialmente. El sujeto de ellas era otro madrileño. Moleiro.

¡Qué difícil posición la de este muchacho ante la gran contienda! No más que quince días antes, una desgraciada intervención había volcado sobre él los ácidos comentarios de la mayoría. Prensa y público se habían unido en un dictamen contra el carabanchelero seco de acción con esa rotundidad de juicio que los españoles, especialmente los de la meseta central, reservamos para nuestros hombres y nuestras empresas. Y Moleiro, el madrileño que allá, en los Carabanchales, va, día a día, hijo ejemplar, elevando para sus viejos la casita blanca, fruto de su ahorro, tuvo su tarde; la jornada impecable que destruyó una leyenda negra y consolidó un nombre, que sólo entre contados ocupaba un puesto en el primer rango del fútbol nacional. Moleiro, José Morales, es «el soldado romano» del fútbol madrileño, co-

mo Vicente Pastor lo fué, tres decenios hace, del arte taurino. Este, «el Chico de la blusa»; aquél, «el Chaval de la Ferro»; ambos, dos hombres que se alzan por encima de todo, que derriban prejuicios, malintencionadas campañas, verros en la apreciación técnica sobre la valía de un jugador y de un artista.

\* \* \*

A los lectores de TAJO que no estén «metidos» en el ambiente futbolero no se les alcanzará la peregrinación dura, amarga, de estos novicios que pugnan por abrirse paso entre la muchedumbre de muchachos que aspiran a un puesto en un primer equipo. Se sabe de memoria, son siglos ya de literatura de pandereta, la andanza del chiquillo envenenado por el brillo de los caireles, por el señuelo de una tarde de feria sevillana o de abono madrileño, en que las letras de su nombre atraigan desde el cartelón multicolor a los fanáticos de «la fiesta». Meses, años tal vez, de caminar incansable por las polvorientas carreteras, que llevan de un pueblo a otro, en festejo estival. Meses, ¡años!, de padecer la broma sangrienta del señorito, del jayán burdo, de la moza que aprendió a «castigar» en los films de «la Marlen». Pero, y de estos otros caminantes, ¿qué sabéis? Apenas nada. Y, sin embargo, su sufrimiento es tanto como el de los otros. Su renunciación, mayor, porque está hecha de austeridades incontables, prendidos sus cuerpos y sus almas en el sacrosanto amor del deporte, con la ilusión puesta, ya desde niños, en un Club determinado que han señalado como meta de sus aspiraciones, como cimera de su triunfo. Y así nació este Moleiro en el Carabanchel Alto de los aldeaños madrileños, y así de triste fué su historia, primero en el modesto conjunto del «once» del Gimnástico, de Carabanchel; luego, en las filas de la benemérita Sociedad Deportiva Ferroviaria. Tiene Moleiro ahora veintisiete años; antes de la guerra de liberación era, en el campito de las Delicias, promesa de lo que hace dos domingos se descubrió en Chamartín. En Moleiro había un gran jugador. Tan grande..., que tuvo que pasar por todas las adversidades para llegar al hito marcado para los consagrados. Corrió en el Madrid todos los puestos o casi todos. Delantero centro, interior, medio ala... ¡Medio ala! ¿Habéis visto cómo se forman los equipos callejeros? Después de «echar a

pies» los dos mandones del barrio, el privilegiado por la suerte elige. Su primer seleccionado es el «as» de entre el grupo de sus amigos. Y el fenómeno, invariablemente, un delantero centro. El último, invariablemente también, un medio ala. Los niños y los locos son, según el dicho vulgar, quienes dicen la verdad, y la verdad es que en un equipo de fútbol son precisas muchas cualidades excepcionales para que un hombre, colocado entre delanteros y defensas, consiga atraer sobre él la atención general y destacarse al plano de primera figura de un partido. Y esto es lo que consiguió el modesto jugador del Madrid en la jornada triunfal, prodigio de fútbol, de su equipo. José Morales, el Vicente Pastor del fútbol madrileño, había conquistado en hora y media lo que en muchos años le había negado su público. Que el hecho sirva de lección a quienes, por sistema, desprecian todo lo que Madrid da, y de estímulo a los que en Madrid nacieron y en defender sus colores sueñan. Y pensemos que la tarde definitiva de Moleiro aún no ha llegado. Porque el día que el equipo blanco vuelva a tener los aciertos que logró frente al Atlético de Bilbao, y el medio maravilloso de esta tarde de marzo ocupe el delantero centro... ¡Moleiro «arma» el espolio! ¡Al tiempo! Lo dijo Peris y lo corroboramos nosotros, sin temor al fracaso.

JOSE M.ª UBEDA





# TURBACION

Novela sentimental

por JEAN HARKERY

La señora Gerard se resignaba con su derrota: aseguraba que nada les restaba hacer, sino salvaguardar la dignidad de la familia. El señor Gerard opinaba lo mismo, sólo que deseaba oír, una vez más, las razones que descartaban toda probabilidad de éxito. Marido y mujer evitaban mirarse; ambos se sentían en extremo abatidos y amargados. Era una fría tarde de invierno y la penumbra comenzaba a envolverlo todo en el cómodo salón en que conversaban.

—Helena Bathine no dejó lugar a dudas con sus palabras—continuó hablando la señora Gerard en voz contenida—. Dijo que Felipe se trasladaría próximamente a la ciudad, a casa de lord Glynn, que éste tenía en vista para él un partido muy conveniente y que consideraba gran suerte que «aquí» no lo retuviese compromiso alguno...

—Siempre fué una mujer detestable—observó, enconado, el señor Gerard—. Y para nosotros resulta desgraciado que su hijo Felipe sea tan débil y sin carácter. ¿Y crees, en realidad, Jane, que nada podrá intentarse...?

—Nada, James. Felipe hace lo posible por no encontrarse con Lidia. Lo hemos invitado tres veces y siempre excusas, excusas... Teme a la madre y, además, sólo ansía dinero y más dinero, y todo eso que se le proporcionará siendo el heredero reconocido de lord Glynn. Helena Bathine se tomó la molestia de informarme que si Felipe desobedecía en algo a su tío en su elección de esposa, no heredaría sino el título. Su enorme fortuna pasaría a otras manos.

—Lo raro es que Lidia no ejerza mayor influencia sobre él—dijo el señor Gerard—. Yo lo creía locamente enamorado...

—Y lo está. Estaba declarándole su amor en momentos de entrar la madre anunciándole la muerte de sus dos primos. Por eso evita encontrarse con Lidia: porque lo atrae demasiado. Bien sabe que no sabría resistirle. Pero es un ser egoísta, débil, cobarde...

—Y, desgraciadamente, es el mejor partido que aquí podríamos encontrar para Lidia—observó sombríamente el padre—. Pero, Jane. Y Lidia, ¿qué dice? ¿Está muy abatida? ¡Apenas si me atrevo a mirarla!

—Sabes que nunca le importó el gran cosa—susurró la madre—, pero se resiste a darse por vencida. Asegura firmemente que «a pesar de todo será lady Glynn». Sin embargo, es imposible hacer más de lo que ya hicimos. La gente se reirá de nosotros...—la señora suspiró hondamente—, y lo mismo dicen Guillermo y Enrique. Lo que ellos habrían deseado sería castigar a Felipe o imponerle el matrimonio por la fuerza. Naturalmente, les hice ver que no convenía y que sólo nos pondríamos en ridículo. Nada podemos hacer en este desgraciado asunto, a no ser un viaje a Suiza, o a Italia, con Lidia... ¿Qué piensas?

—Que no es posible, Jane. Estamos peor de finanzas de lo que imaginas. Contaba absolutamente con este matrimonio de Lidia; aun en su anterior posición, era Felipe un hombre de fortuna, de grandes influencias...—La señora le interrumpió: —¡No puedo más, James! No volvamos a discutir sobre esto...—y siendo la primera señal de debilidad que se permitía la señora, fué respetada por su marido, permaneciendo ambos silenciosos, absortos en su intensa mortificación.

Eran personas de espíritu altivo, fuerte, mas el golpe que acababan de recibir había sido demasiado rudo. James Gerard era caballero de abolengo, pero de modesta fortuna. Casó con una mujer que adoraba, pero en sus mismas condiciones. Desde el primer momento decidieron firmemente que sabrían subir en la escala social; por medio de grandes sacrificios consiguieron dar una brillante educación a sus tres hijos. Guillermo, el mayor, era ahora agregado a la Embajada británica en París, y fríamente buscaba una esposa rica; Enrique era oficial de Húsares, también decidido a adelantar en su carrera. Lidia, desde muy jovencita, había sido designada para mejorar las condiciones de la familia, casándose con Felipe Bathine, su amigo de la infancia, y el hombre mejor relacionado y de mayor fortuna en muchas millas a la redonda. Huérfano de padre, al cuidado de una madre que en nada se parecía a Jane Gerard, no tardó en enamorarse apasionadamente de Lidia. Los Gerard habían pensado ya en todo: la boda sería en la primavera; le seguiría una estada en la ciudad, un prestigio enormemente aumentado, medios para que Guillermo y Enrique adelantasen en sus carreras, en fin, todas esas ventajas con que ya contaba esa familia orgullosa y tan vigorosa en su unión, cuando súbitamente todo aquello quedó fuera de su alcance, cual un globo dorado que de pronto se zafase de sus manos.

Los dos primos de Felipe Bathine, hijos de su tío lord Glynn, acababan de morir en un accidente de navegación en Escocia; Felipe era ahora el único heredero del título y también de la inmensa fortuna de ese padre desesperado, tan repentinamente despojado de cuanto amaba. Y esto aconteció justamente cuando nada parecía faltar para formalizar el compromiso de Lidia con Felipe. Este se había escabullido de entre las redes de los Gerard, entretejiéndose de lleno en manos de su tío, quien tenía, por cierto, proyectos muy diferentes para él.

—¿Está lord Glynn enterado de lo que pasa?—preguntó el señor, después de un largo y sombrío silencio.

—Creo que sí. Y sería lo natural, amando Felipe en realidad a Lidia, que hubiese intentado convencer a su tío. Pero parece que su nueva suerte lo tiene algo trastornado: pretende ahora algo mejor que Lidia...

—¡Algo mejor que Lidia!—la interrumpió su esposo con vehemencia—. ¡Ese muchacho es un malhadado demente!

—Y por eso quizá está destinada a morir soltera...—suspiró la madre—. Pero, querido, por favor, pide luces... Está ya completamente oscuro...

Al tirar el señor Gerard del cordón de la campanilla, preguntó aún rápidamente la señora:

—¿Es, en realidad, de tan extremada importancia este lord Glynn?

—Está en el Ministerio; su fortuna asciende a millones y su influencia es inapreciable...

Jane Gerard apretó los labios; no se permitiría ulteriores lamentaciones. Fué la misma Lidia quien en ese momento entró con las luces; colocó el candelabro sobre la mesa y tranquilamente fué a correr los cortinados, diciendo:

—Sé que hablarían ustedes de mí. Y vine para decirlos lo que pienso de todo esto...

—Mucho me temo, Lidia, que no haya mucho qué decir—observó el padre, extendiéndose por su faz austera un brillo singular al mirar a su hermosa hija—. Me siento indignado hasta más allá de toda ponderación y haría cualquier cosa por resolver este enojoso asunto. ¡Pero nada puede hacerse!

—Lo sé y es muy duro para todos nosotros. ¡Estaba tan segura de Felipe!

Era una joven extraordinariamente hermosa, y se parecía tanto a su madre como a su padre; mas esa cualidad que en ellos parecía de acero, adquiría en Lidia el brillo del diamante. Sus facciones eran regulares, su tez delicada y sonrosada; era graciosa, y también vigorosa, toda ella cuidada y pulida cual una valiosa joya. Departía con sus padres con la misma franqueza de que usaban ellos entre sí, con ese orgullo que desdeña todo subterfugio o afectación. Contaba apenas dieciocho años, pero poseía ya toda la «pose» y la dignidad de una mujer de treinta.

Al verla su padre así bañada por la luz rojiza de las luces, sintióse asaltado por una renovada y furiosa indignación: cualquier castigo era poco para ese Felipe Bathine, y la impotencia de castigarlo sin causar daño socialmente a su familia, lo hacía temblar en su interior. La señora Gerard decía ahora en voz algo ronca:

—Helena Bathine envió ya las invitaciones para el baile que dará en la semana entrante; era natural que no dejara de invitarnos, pero igualmente natural es que no iremos. Así le haremos ver todo nuestro resentimiento.

—Y también se impondrá de él el mundo entero, mamá...

—De cualquier manera se impondría. Tu noviazgo con Felipe parecía un hecho para todos. Y no me fio de Helena Bathine ni de su hijo. Además, se dice que esperan a lord Glynn para la fiesta.

—¿Pero no crees, mamá, que así le facilitaríamos demasiado las cosas a Felipe? Es un ser débil, vanidoso, y sabes que siempre lo desprecié. Pero, ¿acaso podría contar con un partido más conveniente? Sabemos que los viajes nos resultan demasiado costosos; Guillermo asegura que en París tendría grandes posibilidades de éxito, pero es imposible...—Por varios segundos quedó pensativa, para luego exclamar de súbito: —¡Iremos al baile! Aún no terminé del todo con Felipe...—James Gerard miró muy derecho a los ojos de su hija y observó: —Piensa, Lidia, que si Felipe irritase a su tío podría perderlo todo...

—El título, no. Y en cuanto a su fortuna, sólo contábamos con la que posee.

—Lord Glynn es viudo y sólo por despecho podría pensar en contraer nuevas nupcias.

—Helena Bathine asegura que está demasiado abatido por su desgracia y que es en extremo difícil de contentar. Además, debe contar ya más de sesenta años...—aseguró la señora Gerard.

—Creo que tendremos que correr el riesgo—dició Lidia—. Si me fuera posible asegurarme de Felipe, podría quizá intentar reconciliar al tío con nosotros.

La señora Gerard, con un raro gesto de ternura, rodeó el talle de su hija con sus brazos: —Lidia, piensa que aun no fuiste presentada en sociedad. Muy poco me agrada que asistas a tu primer baile bajo estas circunstancias: podría peligrar tu éxito en sociedad...

—Nos expondremos también a eso, mamá—sonrió valientemente Lidia—. Mis deseos son que todos vayamos a esta fiesta. Bien saben ustedes que estando reunidos, nada podrá arrebarnos. Y anhelo que, de una vez para siempre, llegue a su fin este desagradable asunto—. Era la primera vez que en las polémicas familiares se mezclase la humillación, y sólo el común afecto, su orgullo innato y su tenacidad los sostenían, induciéndolos a seguir adelante a toda costa. Dejaron convenido que aceptarían la invitación de Helena Bathine.

En la tarde del día del baile, Guillermo Gerard encontró las primeras campanillas blancas, llamadas allí copos de nieve, bajo los árboles del jardín. Recordó que así solían llamar a su hermosa hermana en su niñez, y reuniéndolas en un pequeño ramillete se las obsequió al subir al elegante «coupé» que debía conducirlos a casa de los Bethine. Lidia le sonrió agradecida y las sujetó a su corpiño.

¿Desea usted recibir directamente "TAJO"?

Envíenos el adjunto BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Administrador del semanario «TAJO»  
Alcalá, 128, Madrid

✱ [Sirvase usted dar las órdenes oportunas para que a partir de esta fecha me sea remitido «TAJO» a las señas que a continuación señalo, y cuyo importe de pesetas 26 para un trimestre envío con esta fecha por Giro postal.

Nombre y apellidos .....

Domicilio .....

Población .....

Provincia .....



Mientras se dirigían a su destino, miraba Lidia para afuera, considerando que después de tanto luchar para sostener las apariencias, se veían ahora en peligro de perderlo todo: casa, criados, coche y caballos, sólo por haber des-cansado demasiado en la seguridad de su casamiento con Felipe. Se reprochaba ahora no haberse asegurado su mano, como tantas veces habría podido hacerlo con toda facilidad. Y en este momento se confesaba que si no lo había hecho, no sólo había sido por desdenar una conquista demasiado fácil, sino porque en lo más secreto de su alma abrigaba la esperanza de encontrar en su camino a un hombre que podría haber amado, y que más le convenía para esposo sabiendo apreciar sus excepcionales dotes de belleza e inteligencia. ¡Si para agradar a Felipe, hasta había debido pretender ser otra mujer de la que era en realidad, con el fin de que el tímido y débil muchacho no se sintiese amilanado al vislumbrar en ella su verdadera personalidad!

Guillermo Gerard, vistiendo su elegante traje londinense—aun impago—, imponente con su hermoso perfil, sus patillas rubias, pensaba también en la suerte de su hermana. La amaba con ternura, y siendo diplomático e intrigante nato, rumiaba la mejor manera de herir, de castigar a ese imbécil de Felipe Bathine; y al ver el brillo en los ojos de su padre, comprendió que lo animaban las mismas ideas. Y en el perfecto decoro de las dos mujeres: la bellísima y candorosa jovencita, la matrona de violeta y oro, se evidenciaba el mismo propósito implacable.

Helena Bathine observó la entrada de la familia Gerard con aprensión y temor. ¡Pero esa gente no tenía orgullo! ¿Acaso no había ella obligado a Felipe a portarse en una forma que no dejaba lugar a dudas sobre sus deseos de terminar toda relación con Lidia? Avanzó hacia sus huéspedes, la mano extendida; pero con deliberada frialdad. No obstante, bajo su falta de amabilidad se ocultaba la preocupación. ¡Esta familia era formidable! Todos ellos tan correctos, tan atractivos en su belleza: esas dos magníficas mujeres, esos tres hombres orgullosos y altivos... Una lástima, en verdad, que no fuesen ricos. Y se susurraba que se encontraban en serias dificultades financieras... Lo que, después de todo, quería decir que no eran sino vulgares cazadores de dote.

Los Gerard formaban como un batallón cerrado. Al lado del brillante uniforme de Enrique, el inmaculado traje de Lidia deslumbraba y su belleza



resplandecía más vividamente que nunca. Bailó el primer vals con Enrique, sin esperar a que otros la invitasen, y mientras los hermanos se deslizaban lentamente por el salón, cambiaban sus impresiones en voz baja.

—¿Viste ya a Felipe, Enrique?—No; lo buscaré luego... Esa tonta de Helena Bathine está empeñada en mostrarse fría...—Pero mira: ahora conversa con mamá...—Oí decir que dentro de poco llegará lord Glynn...—¡Ah, no hay entonces tiempo que perder!

Mientras tanto, conversaba Helena Bathine con Jane Gerard:

—Lidia está muy bien esta noche...

—¿No cree usted, señora—preguntó cortésmente Guillermo—, que no sea ése justamente el término que cuadre a mi hermana? Lidia es de una belleza perfecta...

—En realidad...—sonrió agriamente la dueña de casa—. Y aparenta mucha más edad de la que tiene: nadie creería que cuenta dieciocho años, sino veinticinco...

—Y a los cuarenta seguirá representando veinticinco—aseguró plácidamente el señor Gerard—. Pero, ¿dónde está su hijo, señora?

—Porque quizá desee hablar con Lidia—añadió Guillermo—. Esta mañana

estuvo a verla, pero ella no pudo recibirlo...—Esto no era verdad, y fué dicho ex profeso para hacer perder la cabeza a Helena Bathine, siempre demasiado impulsiva. En efecto, abanicándose con violencia, dijo ésta:—Espero ahora mismo a lord Glynn... Quiere llevarse consigo a Felipe, a Londres; proyecta su matrimonio con una riquísima heredera... Deberían ustedes llevar a viajar a Lidia: aquí, seguramente, faltarían partidos para una joven de «belleza tan perfecta»...

(Continuará.)



# Doña Inés de Castro

## la mujer que reinó después de morir

Acaba el último sol de esconderse tras los lejanos alcores que se divisan desde el amplio y gótico ventanal del lujoso aposento de doña Constanza, la hija única del glorioso infante don Juan Manuel de Galicia.

Una neblina fría, melancólica, translúcida, baja casi inmediatamente del cielo y se dilata por el paisaje.

Junto a la policroma cristalería del ventanal dos doncellas contemplan, emotivas y silentes, la maravillosa transmutación de todos los crepúsculos vesperales.

Al fin, en esbozo de última luminaria, una de las doncellas gira sus negros, profundos y ardorosos ojos hacia su compañera. Y voz suave, de cariciosas tonalidades, murmura:

—¡Tengo miedo, Inés, mucho miedo!

Inés de Castro, en apogeo de única e incomparable belleza, tiende sus largos, cariciosos brazos hacia su interlocutora:

—¿Por qué, Constanza? Vuestro próximo enlace sólo debiera llenaros de felicidad. Don Pedro, Infante de Portugal, vuestro futuro esposo y señor, dicen que es un noble, erguido, arrogante caballero.

Constanza acaricia con la mirada a su amiga. Luego, voz aún trémula, susurra:

—Sí, Inés. Ya lo comprendo. Sé que mi padre no hubiera accedido a ese matrimonio de no estar convencido que él suponía mi felicidad. Pero, a pesar de todo, he de dejar este aposento, esta querida casa, estos árboles amigos, el paisaje hermoso, todo, para marcharme a Coimbra.

Inés de Castro abraza a Constanza:

—No, primita. No dejas todo, por cuanto yo marchó contigo y sabré hablarte siempre de estas cosas para nosotras tan amadas.

—¡Qué buena eres, Inés!

—Pago con la misma moneda. Tú me abriste en nuestra infancia los brazos, como a una hermana. Y adolescentes ambas jamás me retrajo de tu cariño el conocimiento de que si bien yo era hija del hermano de tu padre, también lo era de unos amores ilícitos.

—¿Quieres callar, Inés? Tú eres mi hermana.

—Hermana que te adora, no lo dices, y que por ti daría cien veces mi vida, mi alma.

—Inés, ¿te separarás de mí allá, en Coimbra?

—Nunca, Constanza. Y bueno, basta ya de chachara y penas. Salimos con el alba y hemos de ultimar aún gran parte de nuestros bagajes.

### COIMBRA A LA LUZ DE LA LUNA Y PRELUDIO DE TRAGEDIA

Cuando la cabalgata nupcial se enfrenta con la hosca silueta de Coimbra, es noche alta. Don Juan Manuel, ansioso de que lo decisivo se cumpla presto, y expectante por regresar a sus lares, forzó en las últimas jornadas del cortejo.

En el interior de amplio y confortable carro Constanza e Inés dormitan, hasta que un grueso y desgarrado vozarrón rompe el descanso:

—¡Ohé, ohé..., Coimbra!

Constanza, a través del ventanal del vehículo, y con asustados ojos de gacela, contempla el paisaje, que se ofrece cuajado de intensa luz de luna. Y es el poderoso resplandor del astro nocturno quien obliga a levantar hasta éste la mirada.

Y Constanza descubre una luna enorme como un pandero, y roja, violácea, sanguínea.

Es tan vivo y ardoroso el escarlata del astro que Constanza siente miedo. Y así, testimonia a Inés:

—Mira, la luna. Parece como si llorara sangre. Como si me anunciara desgracias.

Inés de Castro no se deja influenciar por el fatalismo melancólico de su prima. Y así sugiere:

—No; la luna arde emocionada de presentirte feliz. Quiere vestirse de gala, para mejor agasajarte. Vas a ser la reina de Portugal, y todo en esta tierra te debe ya vasallaje.

—¡Ohé, ohé, Coimmbraaaa!

\*\*\*

Constanza e Inés de Castro, cuando aquél ofrece a ambas, amable y gentil, sus respetos.

Pero el Infante de Portugal es aún mozo. Por ello ojos impacientes, investigadores y ansiosos de satisfacer curiosidad descansan sobre la figura de doña Constanza. La, aunque disimulada, minuciosa investigación complace en extremo al mancebo: su futura esposa es bella, más bien encantadora, juvenil, de suave y bien recortada silueta.

Pero cuando la mirada del Infante, luego, descansa sobre la compañera de su prometida, se duerme en éxtasis contemplativo: Inés de Castro, suave, sedecia, áurea y radiante se ofrece como la más magna culminación de la belleza.

\*\*\*

Aquella noche don Pedro no logra conciliar el sueño: la mujer que ha de subir al tálamo nupcial, con ser hermosa, discreta y honesta, no es aquella otra que en un instante y con la sola fuerza de su presencia turbara para siempre el corazón del Infante.

Y por eso, en la alta noche, don Pedro medita y proyecta. Pero razones de justeza política y respeto a su fe y palabra de caballero obligan a actitud ponderada.

Sin embargo..., extrañas y sensuales pesadillas forjan materialistas y quiméricas decisiones bastardas.

### FIDELIDAD DE HERMANA, POR ENCIMA DEL AMOR

Inés de Castro supo en el primer instante del fuego que inconscientemente ella había producido en el volcánico corazón del Infante; como conoció que, asimismo, el fuego había prendido también en ella.

Por ello los días de boda y tornaboda supieron de una Inés en pugna consigo misma: de un lado, la felicidad de Constanza movía el corazón de su prima a la propia bienaventuranza; de otro, la angustia del alma cuajaba de congojas su propio espíritu.

\*\*\*

Lentos, parsimoniosos y solemnes pasan los días. Y con ellos el continuado asedio de don Pedro a Inés de Castro.

Y un día, cuando Constanza, después de haber celebrado con familiar velada el segundo año de matrimonio, don Pedro aborda a Inés:

—Esperad, quiero hablarlos.

Inés sugiere, ya turbada:

—¿Ahora, señor?

Es don Pedro, Infante de Portugal, en efecto, un gallardo, varonil, cortés caballero. Así lo descubren en la mañana de la jornada siguiente doña

—Sí, ¿qué más da? Os lo contaré a vos, al viento de la sierra, al mar. Mi secreto no puede más estar en el pecho: me ahoga, me vence.

—¡Señor!

—Inés, yo os amo.

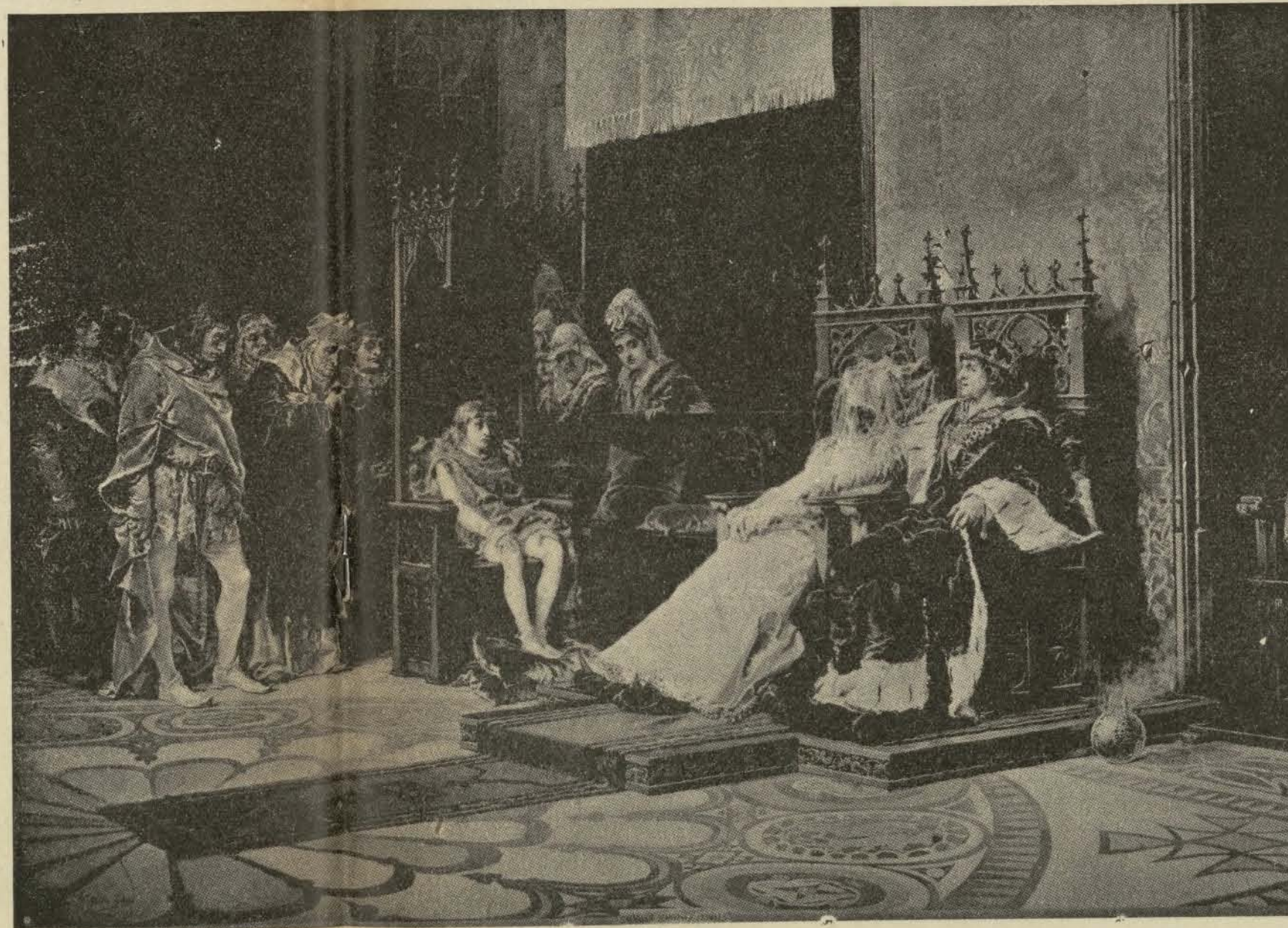
—¡Don Pedro!

—No me juzguéis mal. Os amé desde que os viera por primera vez. La desgracia así lo quiso. Y contra ella no vale doblegarse.

—Comprended, don Pedro. Doña Constanza es como mi hermana.

—El amor no sabe más que de sí mismo.

—Don Pedro, razonad. Nada puede ser ni nada soñéis alcanzar; aunque yo os amara también con todo el ensueño de mi alma.



En las palabras de la doncella el Infante descubre su felicidad. Los brazos viriles, audaces pretenden forjar cadenas de amor sobre el fino, cimbreado talle de doña Inés, que, vencida, no sabe negarse a la caricia.

—Inés, alma, amor.

Inés de Castro siente de pronto, en lo más íntimo de su ser, el sonrojo de la falsía. Y ya rehecha, elude:

—¡Por Dios, don Pedro! Ella es mi hermana, mi hermana del alma. Dejadme, dejadme serla fiel.

\*\*\*

Don Pedro sabe del supremo gesto gallardo; así pretende ahogar los cada instante mayores impulsos de su corazón.

Con lucha que adivina, trémula y celosa, doña Constanza.

Y otro día en los días la desdichada infanta habla a su prima en el tibio cobijo de sus habitaciones:

—Inés, hermana: otra vez la luna sangrante sobre el cielo de Coimbra.

—¿Qué quieres decir, Constanza?

—Que siento el aleteo de la desgracia a mi alrededor. La percibo como si estuviera a mi lado, escondida en vosotros mismos, para atacarme a traición.

Inés de Castro deja el tupido bordado en el que trabajan sus delicadas manos y se acerca a Constanza. En la voz de la doncella fluyen el cariño, el dolor y la sinceridad:

—¿Quieres hablarme, Constanza? ¿Qué temes?

La interpelada duda un instante, pero al fin rotundiza:

—Que fallan mis más puros afectos: mi esposo... y tú.

Inés de Castro no se altera. Por el contrario, su voz nace más cariciosa:

—No, Constanza. Ni aunque yo amara a don Pedro con todas mis ilusiones virginales, nada ni nadie me haría traicionarte.

Acaso ha puesto la de Castro demasiado corazón en sus palabras. Así al menos se le figura a doña Constanza, por cuanto observa:

—Gracias, Inés. Pero ¿lo quieres?

Inés pone toda su vida en la respuesta:

—No, Constanza.

—¿Y él a ti?

—Tal vez algún pasajero capricho del que yo no me he percatado siquiera.

—Gracias, hermana. Esta noche reposaré tranquila.

### HACIA EL FIN DE LA TRAGEDIA

Pero el demonio de los celos muere en el corazón de Constanza nuevamente. Don Pedro no puede ocultar el interés que siente por Inés, y ésta, aunque fiel a su amiga, sabe a veces de traiciones espirituales del alma.

Doña Constanza languidece. Extraña debilidad invade su organismo. El embarazo, presentándose, agrava el estado de la princesa. Los días postreros de la gestación resultan, a fuerza de dolores, insufribles para la enferma. Y el parto ofrece al mundo una nueva vida,

pero reduce asimismo la de la desgraciada princesa.

Inés de Castro, vencido el cuerpo, desgajada el alma amortalja los restos de doña Constanza, hermana, amiga y rival.

### REINAR DESPUES DE MORIR

Don Pedro avanza hacia el solio-túmulo de doña Inés. Los ojos del Monarca, secos, gélidos y, sin embargo, amorosos, íntimos, melancólicos, acarician por última vez el rostro de la bienamada, luego las manos regias engarzan sobre las frías sienes la corona. Vasallos de todo el reino oyen el extraño clamor:

—¡Portugal, por doña Inés!... ¡Portugal, por doña Inés!

IVAN DE VARGAS.



# frente al espejo

## UN ROSTRO JOVEN

Habrán observado ustedes, a lo largo de mis breves notas, que propugno medios naturales en el cuidado de la belleza, alejándome, siempre que me resulta posible, de los medios que pudiéramos calificar de «camuflaje». En esto, además de estar de acuerdo con un principio mío, lo estoy con la moda, que cultiva, con el amor de una planta rara, la «naturalidad».

Ahora bien; además de las atenciones que le dediquéis al rostro, es preciso cuidar de «mantenerlo en su posición de juventud». Para ello debe subírsele hasta el lugar donde toma su forma más perfecta, su aspecto más joven. Este movimiento no debe ser exagerado, sino ejecutado con precisión y suavidad y mirándose en el espejo.

Preferible a prolijas explicaciones, prefiero dedicaros una serie de fotografías.

### Primer movimiento:

Mírense de frente en el espejo, con la mano izquierda mantened la frente en su lugar perfecto, de forma que los ojos permanezcan bien abiertos. Es preciso apoyar muy fuertemente para que nada se mueva.

### Segundo movimiento:

Para trabajar sobre las sienes y para aplicar la crema, mantened bien firme la sien con los cuatro dedos de la mano opuesta al lado en que se haga el masaje. El ojo debe estar ligeramente subido.

### Tercer movimiento:

Para las mejillas, y también para desmaquillarlos, mantened firme el rostro, sosteniendo hacia la oreja fuertemente y con la mano opuesta, de forma que por ninguna circunstancia el rostro pueda moverse.

### Cuarto movimiento:

Para hacer masaje del cuello mantened firme e inmóvil la epidermis, apretando en la nuca con la mano izquierda, mientras os serviréis de la derecha para el masaje.

Esto en cuanto a movimientos. Observemos ahora forma de proceder.

### Para la frente, número 5:

Tras la posición del primer movimiento, ejecutad el masaje con la mano derecha, ya sea subiendo las cejas hacia la raíz del pelo, ya describiendo círculos o haciéndolo a base de golpecitos.

### Para las sienes, número 6:

Una vez colocada la mano en la posición indicada en la figura del segundo movimiento, describid con la otra mano movimientos circulares y ejercitar pequeñas presiones y golpecitos.

### Para la cara, número 7:

La mano sobre la oreja mantiene el rostro. Haced con la otra mano masaje y dad golpecitos. Esta posición del rostro debe ser la misma, siempre que os deis crema.

No duden ustedes que el mantener el rostro en su sitio, siempre que es preciso tener contacto con él—uso de cremas, polvos, desmaquillaje, etc.—es de capital importancia. Unos procedimientos inconvenientes avejentarán, mucho antes de lo que deben, al rostro más adorable.

LA DOCTORA FANNY







POR  
EL CONDE  
DE LA  
GARDENIA

*Accidental*



La señorita María Alcira Cuesta luce su juvenil figura con un precioso traje de época del 1800, de terciopelo de seda verde oscuro. El corpiño alto y ajustado con voluminosísimas mangas, éstas adornadas con incrustaciones de valiosos encajes y abalorios. El talle ceñidísimo resalta la ampulosidad de la falda, que va rematada de encaje. En el concurso de trajes celebrado en el Gran Casino de Madrid obtuvo el tercer premio.



La señorita María del Pilar Edo, que en el próximo mes de junio contraerá matrimonio con el oficial del Cuerpo Jurídico don Vicente Vila-Belda.

La señorita María del Carmen Ochoa de Lur y don Sinesio Barquín Fernández, después de la ceremonia nupcial, en Santa Teresa y Santa Isabel.



La señorita María Antonia Lizasoain y Muñivo, que en el próximo mes de junio contraerá matrimonio con don Carlos Ussia y Gavalda, hijo del conde de los Gaitanes.



La señorita Elisa Peláez y Ranero y don Enrique García Ortiz, rodeados de los padrinos y testigos de boda, después de la ceremonia nupcial, en la capilla del Colegio de Nuestra Señora del Pilar.



# Vosotros y el mago Merlin



Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de la ciencia del MAGO MERLIN, la influencia que ejercen los astros sobre su vida, los elementos fastos y nefastos que se confabulan en ella, envíen, dirigida al MAGO MERLIN, una carta en la que consignen sus nombres y apellidos, fecha — día, mes y año — y lugar de nacimiento.

**TRISTE.**—Es usted emotivo, fácilmente impresionable y con tendencia a las depresiones, delicado y amable, pero por encima de sus cualidades positivas o de sus defectos negativos domina en usted el encanto, y la suerte de su vida la encontrará en el matrimonio. Para esposa le conviene una mujer de facciones fuertes, barbilla bien dibujada, frente alta, tipo enérgico y deportista, de acción, y muy a propósito para los negocios y para mandar teniendo a la vez el sentido del deber y de la disciplina para que le anime a usted y le apoye en sus fáciles dudas y desanimaciones. Entre las enfermedades debe cuidar, de forma especial, aquellas que se refieren a la emotividad o a la digestión. En su agua de colonia busque el aroma del heliotropo. Sus animales mascotas, la gata persa y los pájaros de las Islas. Sus días, el viernes y el lunes; su número, el 61; su piedra, el diamante; su metal, el platino; sus flores, la rosa blanca y el crisantemo; sus colores, el rosa pálido y el blanco. Apto para el estudio, poco gusto para las artes, exceptuando la música. Espíritu inventivo y aptitud para las ciencias mecánicas y la navegación, pero esto no le traerá demasiado provecho.

**EL DUQUE DE ANTEQUERA.**—Sus colores, el amarillo y el azul; sus flores, la rosa de té; sus metales, el oro y el bronce; sus piedras, el zafiro y el diamante; su número, el 15; sus días, el domingo y el jueves; sus animales mascotas, el caballo y el papagayo. Alma elevada, espíritu de justicia, carácter inflexible, corazón ardiente y generoso, imaginación y sentido artístico, especialmente para la música. Siempre agradecido y dueño de sí mismo. Como aptitudes posee el gusto de las armas, a la vez que destreza y agilidad en los ejercicios corporales, paciente en los trabajos y apto para el mando. Adquirirá bienes, ya sea por su mérito propio o por sus relaciones, pero los bienes estarán sujetos a pérdidas inopinadas—juegos, malas inversiones, etc.—. En un corto viaje sufrirá un peligro corporal. Tendrá hijos numerosos. A causa del matrimonio—le conviene una mujer culta, inteligente, entusiasta—tendrá luchas. Alcanzará cierta reputación. Debe cuidar los pulmones, aunque posee una buena salud, y tendrá larga vida.

**¡AY QUE DIFÍCIL!**—Sospecho que eres más bien castaña clara—en este tipo de belleza, al decir de los técnicos, es la que da los mejores ejemplares de belleza—. Maquillate, pues, en rosa y rojo ciclamen. Tu color es el rosa vivo; tus flores, el geranio rosado y la rosa de su color; tus metales, el hierro y el latón; para tus joyas elige el coral y el rubí. Tu número, el 36; tus días, el viernes y el martes; tu animal mascota, el perro pequeño, de esos que resulta

tan moderno pasear. En tus perfumes busca siempre el aroma de rosa y el de violeta. Eres muy generoso, casi con exceso, aunque locuaz te comunicas poco; posees, por encima de todo, una gran intuición y una inteligencia que puede calificarse de talento para las artes plásticas, baile, el teatro o la literatura. Muy fácilmente impresionable, debes cuidar de que las sensaciones externas—emociones, etc.—no afecten de forma demasiado viva tu salud. En el matrimonio te conviene un hombre que, a la vez que el sentido artístico, posea gran fortaleza, dominio y el sentido deportista de la vida. Espero quedes satisfecha con el "Manguito", aunque a mí me agrade menos el diminutivo.



## Confidencias a mi Reja

**AMISTAD, AMOR?** (Contestación a Lila Blanca.)—He recibido tu carta, amiga, y como ya anteriormente había contestado, me limito a copiar textualmente. Los años no han prestado canas a mis vocablos. Decía, pues, que la cuestión es antiquísima y podríamos encerrarla en estos términos: ¿Puede existir la amistad entre el hombre y la mujer? Las gentes excesivamente escépticas responderán inmediatamente con un "no" rotundo. Pero las gentes escépticas se equivocan. La amistad entre el hombre y la mujer existe, pero es preciso no considerarla como una situación eterna. Probablemente es una vía de tránsito que conduce al amor o a la indiferencia. Por lo tanto, lo elegante es saberla recorrer de una forma graciosa.

Cuando te des cuenta de que tu sentimiento de amistad se está transformando en algo más que amistoso, ten la franqueza de darlo a entender. No engañes a quien te juzga únicamente amiga cuando tú desearías ser algo más. No juegues al amor con una excesiva confianza en ti misma. Es muy fácil que el juego se convierta en una cosa seria y en ese caso la amistad quedaría malparada. Si la persona amiga se compromete y te abandona un poco por el nuevo afecto, no guardes rencor: por el contrario, procura comprenderle y prueba a no enemistarte con su novia. Será la mejor prueba de amor que puedas darle.

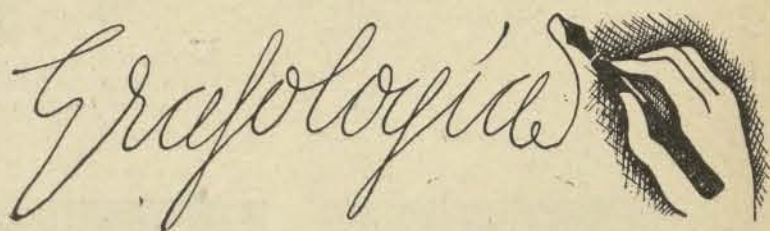
Si no sabes distinguir cuál es tu sentimiento, si amistad o amor, he aquí tu pregunta contestada: es amor, no lo dudes. Es posible que todavía no estés enamorada, pero llevas el camino más seguro para llegar a estarlo.

Si comprendes que este paso de la amistad al amor no le resulta a "él" agradable, retírate y procura encontrarte lo menos posible con la

**¡OH DULCE MISTERIO DE LA VIDA!**—Sus colores son el azul y el blanco; su flor, la hortensia azul; sus metales, el bronce y la plata; su piedra, el ópalo; su número, el 52; sus días, el jueves y el lunes; sus animales mascotas, el guacamayo azul y blanco. Sus cualidades más destacadas, además de la bondad, son la ingenuidad y la probidad; hace el bien sin ningún otro pensamiento de agradecimiento. Ingenioso, es pronto a la cólera y al perdón, pero muy asimilador, propio para varias cosas y entendido en ellas. Se atormenta fácilmente. Simplicidad en la manera de ser y amante de la libertad. Ama el estudio y el silencio. Pocos bienes en la juventud, pero los irá adquiriendo por el mérito personal y algunas sucesiones. Algunos secretos en la familia. Probablemente haya dos matrimonios, siendo conveniente una mujer dispuesta, dinámica e incansable, con inteligencia y actividad. En cuanto a su posición, encontrará dificultades al comienzo de su vida. Probablemente descuelle en la literatura o en la marina. Tendrá enfermedades periódicas y de corta duración. Debe cuidar el hígado. Larga vida.

persona a quien quieres. Es un sacrificio, pero él os beneficiará a los dos. Si, por el contrario, eres tú quien desea que se enfrie la amistad porque sientes amor hacia otro hombre, hazte perdonar de una bella manera, pero confesando el motivo que te impide continuar una amistad demasiado íntima.

Esto es lo que decía hace años. Y me parece haber contestado punto



Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de los rasgos caligráficos, su carácter o el de las personas que les interesan, envíen, dirigida a esta Sección y a nombre de SELEGNA, una carta de quince a veinte líneas. La carta debe ser escrita con tinta, el papel sin rayar y sin ayuda de falsilla. Para el examen grafológico no sirven las copias.

**CLEOPATRA.**—Es indiscutible. Con relación al grafismo, o por contraste con él, tu seudónimo resulta una revelación. No dudo que inspires grandes pasiones, pero debido a eso que hay en ti, depresión, afán de removerlo todo, dejas, en cuanto se refiere a ti, un poso de tristeza rezumante y verdadero. Tu carácter es de un impresionable morbosos, casi no existen los indicios de alegría y de bonanza. En cambio, veo una especie de pereza en hacer cualquier movimiento, de menguados afanes... No creo que ella fuese así... Debieras hacer en esta primavera ejercicios de conformidad y agradecimientos. Tú tienes muchas cosas, y aunque así no fuera, recuerda los versos de Calderón, de los que suben tras uno...

**LILI.**—Admito la explicación. Es usted una muchacha peligrosa. A la

por pinto ja [tus inquietas] interrogantes.

Hasta siempre, amiga

LELIA.

**SOFI.**—¿Por qué ese afán de regar flores de cementerio sobre tu corazón? Me parece una chiquilla muy pequeña que, en lugar de llorar porque tiene miedo y complacerse en su miedo, llora y se complace en sus desengaños. Airear tu vida y tu corazón. Para eso estamos en el mundo, para equivocarnos y volvernos a equivocarnos. Y para tomar buenas y "operantes" resoluciones. Lo que me parece peor es el juego que pretendes hacer con ese muchacho. Si lo han hecho contigo no tienes disculpa para un mal proceder. Si te interesa, bien. Si no, házselo comprender. Adivino estás en plena rabieta... Y sería lamentable que, tras la rabieta, volviésemos a sufrir. Y de forma peor. No por el detestable proceder de otra persona, sino por el tuyo mismo.

**¿QUÉ HACER?**—¡Hombre de Dios! ¿Quién me iba a decir que si los noviazgos no son más numerosos tienen la culpa esos chicos que se intimidan, se atagantan, dejan escapar la ocasión y pierden miserablemente el tiempo? Aquí tenemos a este señor de las dudas que está perdidamente enamorado, que fué audaz en tiempos y que ahora toma resoluciones todas las noches para fracasar todos los días. Y aunque no me lo dice supongo estudiará concienzudamente la asignatura: "Cuando yo la vea la cogeré de las manos y le diré...", y quien sabe las metafóras y hasta los versos para rellenar los puntos suspensivos. Pero, ¡claro!, ¿cómo hacer referencia a la luna si está nublado, y a las estrellas si llueve? ¡Y de qué forma se atascan las palabras...! ¿Para qué tanto trabajo? Créame: unas palabras que la emoción entorpece podrán parecer ridículas a los de "la pared de enfrente", pero para los enamorados son la más perfecta música.

pimienta de su gracia une un carácter muy femenino. Extraordinariamente emotiva, sanamente emotiva: para la alegría y el dolor. Todo lo despierta y todo le inquieta. Idealista y ordenada hasta el exceso. Un gran amor propio con el consiguiente afán de siempre quedar bien. No es demasiado generosa. Gran facilidad manual. Y nada más. O, es decir, podemos comenzar...

**DON JUAN.**—No sé... Pero dudo de que sirviese a Zorrilla, y menos a Tirso, para sus obras. Pero usted lo dice y acaso lleve razón. Es frío y metódico, un hombre de números; mientras no se le demuestre que tres por cuatro son doce... ¡Nada que hacer! Un gran afán de riqueza e instinto de ahorro. Un gran dominio sobre sí mismo y más que cultura adquirida, una inteligencia despierta y audaz. En resumidas cuentas... ¡acaso sea usted Don Juan!

**LUZ DE GAS.**—Usted es todo un caballero, cortés, atento, amable, servicial. Posee el sentido del ritmo, de la belleza y del momento. A todas estas cualidades añádale una gran cultura y réstele una voluntad floja y desigual que salta en órdenes tajantes y se remansa en titubeos y negaciones. Una gran disposición y una especie de pereza. Para árabe—sueños y colchonetas y té—era usted el hombre ideal.

## CUPÓN N.º 18

Es imprescindible acompañar este cupón en cuantas consultas se realicen a cualquiera de las Secciones de nuestro semanario.





### DICE SU CARA:

*De la base de la barbilla a la de la nariz. Afinidades materiales.*

Apareció en sus primeros años ante la vida, debido a la modesta posición económica de sus familiares, en la que preveía obstáculos para imponerse en el mundo, tímida, irresoluta y desorientada; pero, la mas insospechada ocurrencia reveló de pronto el optimismo, que constituye la base fundamental de su carácter, y con él destacó asimismo su tenacidad, su belleza y su voz, las tres armas alentadoras de sus facultades. Fué en el colegio, con motivo de las vacaciones de fin de curso, y en la fiesta de cierre. Una compañera, que tenía a su cargo el interpretar una preciosa melodía, se indispuso, y circunstancialmente tuvo que sustituirla Jeannette, al sorprenderla una de sus profesoras tarareando la canción aprendida en los ensayos. Fué lo que antecede su primer éxito en público. Se la encomió y felicitó efusivamente, quedó complacida de sí misma y, desde entonces, no tuvo más que un anhelo, en el que puso su voluntad: educar su voz, llegar a poseer las facultades que tantas veces, a solas, había ansiado. Con su complacencia apareció su alegría a flor de semblante, y su belleza, por ésta iluminada, se realzó al perder su opaca seriedad. Quedaba esclarecido su talismán, el que más tarde le habría de hacer favorita del público: su sonrisa.

Arrogancia, propósito incesante de superar a los demás y a sí misma, ambición y altivez, en su fondo. Exteriormente dominadora, atractiva, de gran sociabilidad y simpatía. Experimentada, con fuerte apego a las realidades materiales; sensible, reaccional, pero nada soñadora, pues sabe y prefiere ir despojándose o dejando atrás su camino, cuyo mejor horizonte es el alcance de la más halagüena realidad material.

Caprichosa. Destacada esta circunstancia de su temperamento, más, si cabe, en la mesa, a la que no concede más categoría que la de incidencia, hasta el punto de no dedicar horas fijas a sus menesteres, dando primacía a comer durante el día las veces que le plazca y jugueteando al servirse.

*De la base de la nariz a la línea de las cejas. Afinidades sensibles.*

Modernismo, trivialidad, diafanidad. Quello que la rodea le hable a los sentidos y no le complique el corazón. Muebles de traza ligera y tonalidad clara, lo más estilizados, cómodos y espaciados posible; luz a raudales, sol sin trabas, flores, gracia, ritmo por doquier; ningún papel íntimo al alcance de la mano que pueda inquietar: lectura de libros al desgaire, con pasajes casi imprevisos y temas de perfilada ligereza; radio-joya hasta en su caja de orfebrería, para la auditiva asiduidad de lo lírico. Fuera, jardín espacioso, a la inglesa, con macizos poco compactos, para perspectiva airosa, y flores de color vivo, en cantidad, y toldos propicios que no obstruyan en demasía el paso de la luz, que la seduce tanto como el mar, y la piscina insustituible, de agua límpida y mármol rosa, con la cercanía del gimnasio para la disciplina de la línea y el perfil de la forma, conseguido por la metodización del esfuerzo.

Decisión de cerebralizar sus sensaciones espirituales, para enfocarlas hacia lo utilitario. Su cerebro podría definirse como una extraña rosa de los vientos que huye de lo complicado y aprovecha la enseñanza del medio y el ambiente, para, convertida en pensamiento, indicar con él la posibilidad práctica de la acción.



## Jeannette Macdonald

### Estudio fisiognómico

*De la línea de las cejas a la cima de la frente. Afinidades pensantes o espirituales.*

Cultiva su inteligencia dentro de lo selecto y lo fácil. De grandes entusiasmos, pronto sustituidos con frecuencia por decisivas indiferencias, en su constante ansia de renovación. Juvenil, jovial, de maestría seductiva, nada meditadora, impulsiva, despilfarradora, tenaz, enérgica, voluntariosa, decidida, parlanchina, expansiva, inconquistable en su deseo de no perder por nada del mundo la que califica de «deliciosa independencia».

Ni ha llegado ni es probable que llegue a amar, si bien se ha encaprichado de veras en más de una ocasión.

Su fantasía la define hasta en sus trajes, fastuosos, llamativos, de atrevida alta costura y conjunto audaz, merced a lo que sus encantos naturales se realzan.

Su flor favorita, la camelia, por la distinguida suavidad de sus pétalos. Su perfume, el de penetración más voluptuosa. Sus gemas, el diamante y el zafiro, por su luminosidad y lo que suscitan la imaginación, respectivamente. Sus deportes más afines, el náutico, por lo que la se-

duce la estela, y la equitación, por lo incentivo, que la ofrece su predominio de la cabalgadura.

Atraída por lo espectacular, lo señorial y lo apicardado por los coches largos, de gris suave y línea estilizada, con neumáticos grandes.

Hallemos su pincelada-broche en una de sus anécdotas, en la que se observa cómo, en efecto, es contraste de sí misma: Costa Azul. Montecarlo. Noche de juego intenso en el Gran Casino. Jeannette no acertó ni una postura; se le acabó el dinero y el último cheque. La sigue imantando el tapete verde. Su secretario salió un instante y no ha vuelto. Jeannette, inducida por una corazonada, cita una fuerte suma y acierta. La molesta el feliz azar en el preciso momento en que carece circunstancialmente de dinero. Cobra. Se dirige a la Caja, cambia sus fichas. «Toma, para que salgas de aquí y nunca se te ocurra jugar», así dice a una gentil camarera. Como consecuencia, una magnífica floristería más en la ciudad, y más tarde, el mejor ramo de camelias para Jeannette, desde Francia a Hollywood, saludo de gratitud, en el primer viaje del «Normandie».

Así es y así hay que tomarla.



# MI SEÑORA TERESA



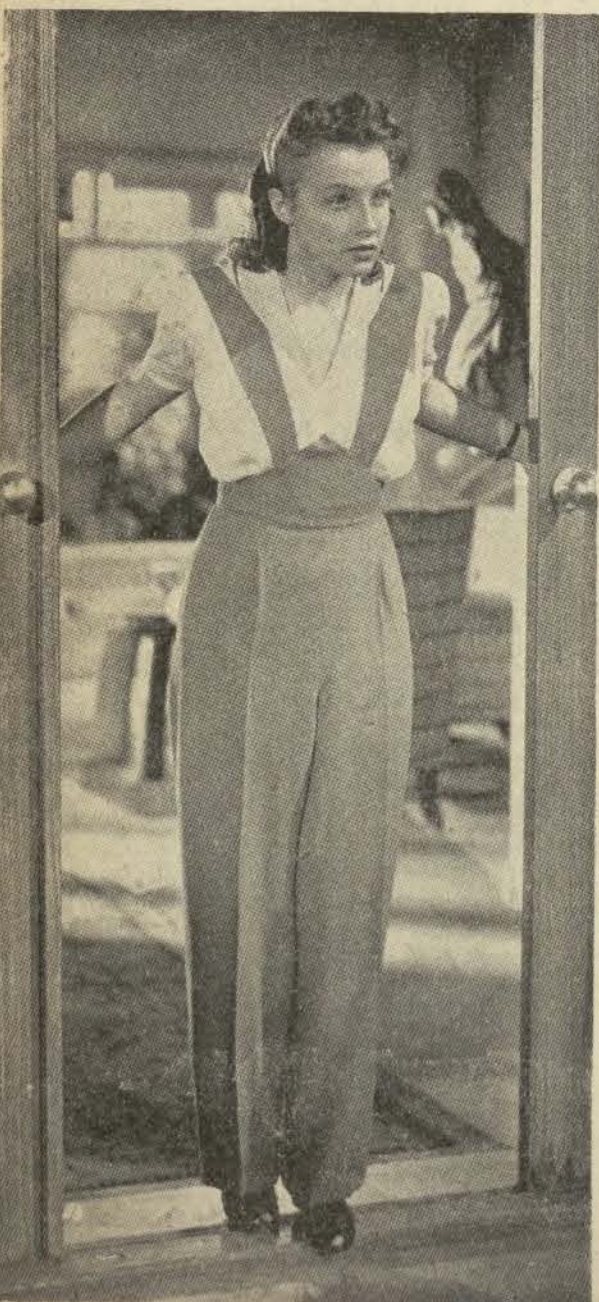
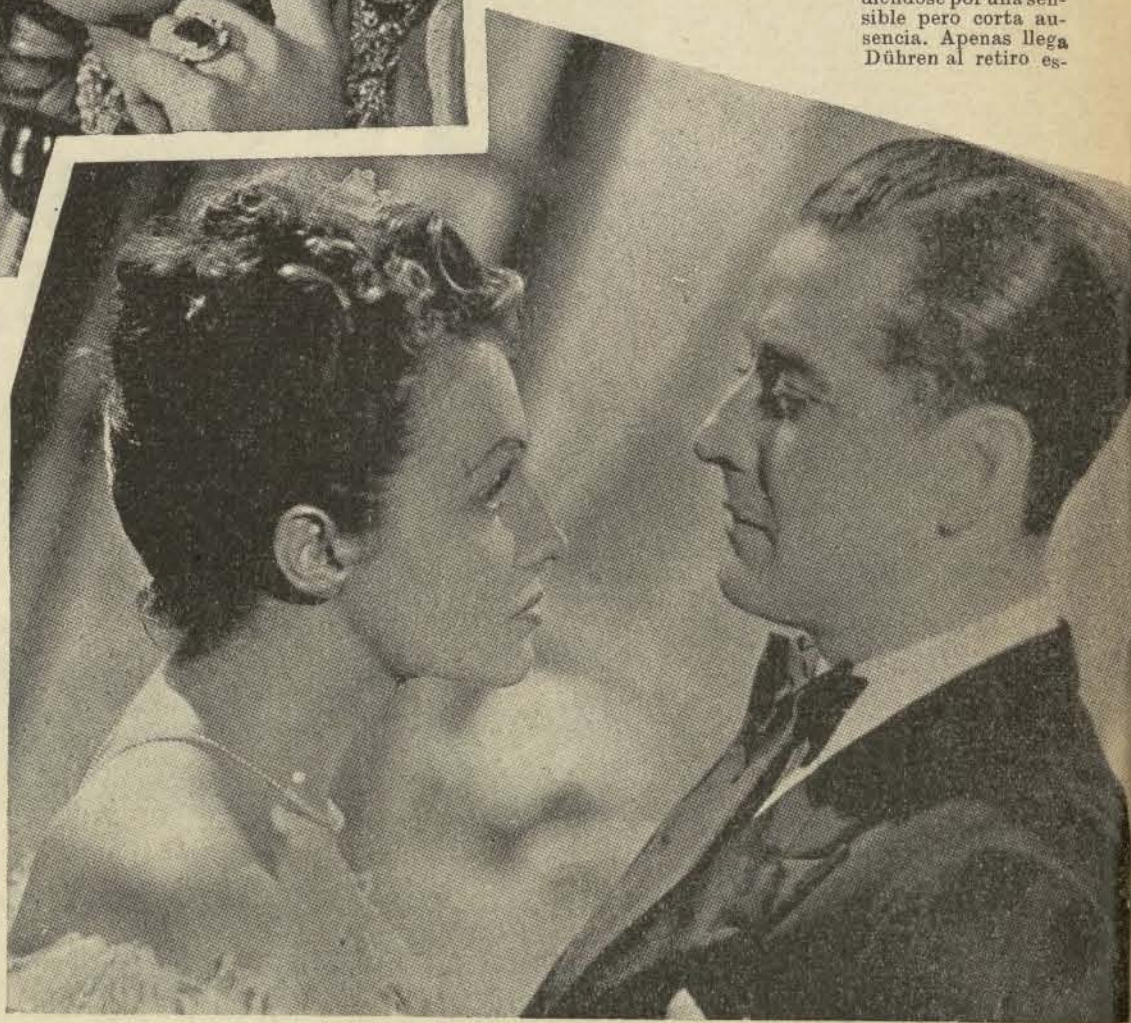
El escritor Peter Dühren, cuyos impresionantes y abismáticos personajes se debatían en eternos conflictos, había de ser, para sus lectores, forzosamente, un hombre amargado. Ninguno de éstos, pues, podría suponerle enamorado, sobre todo si este amor tenía características o posibilidades dramáticas.

La realidad difiere mucho de tal apreciación, porque Peter es un hombre jovial y espera, por de pronto, mucho de su matrimonio con Teresa; nada de hastío ni amarguras.

La mañana del día de la boda le trae, en efecto, una serie de divertidas complicaciones: Teresa, por ejemplo, muy a tono con su ambiente habitual, acaba aceptando por criado al hombre que la noche anterior había entrado a robar en su casa, y que, casualmente, se ve obligado a firmar en el Juzgado el acta matrimonial de la original pareja.

La vida conyugal de Dühren discurre con placidez. En amorosa reciprocidad, tienen que soportar los nuevos esposos las bromas de sus amigos, y hasta el editor de Dühren, que acude a visitarlos, protesta de la romántica vulgaridad del feliz matrimonio, proponiendo al escritor la edición de una nueva novela para celebrar el cincuentenario de la editorial.

Desambientados por la dicha que rodea a Peter, parecen rehuirle sus complicados personajes de antaño. Comprende que tiene que dejar el hogar circunstancialmente y buscar en el aislamiento la tan reacia inspiración, decidiéndose por una sensible pero corta ausencia. Apenas llega Dühren al retiro es-



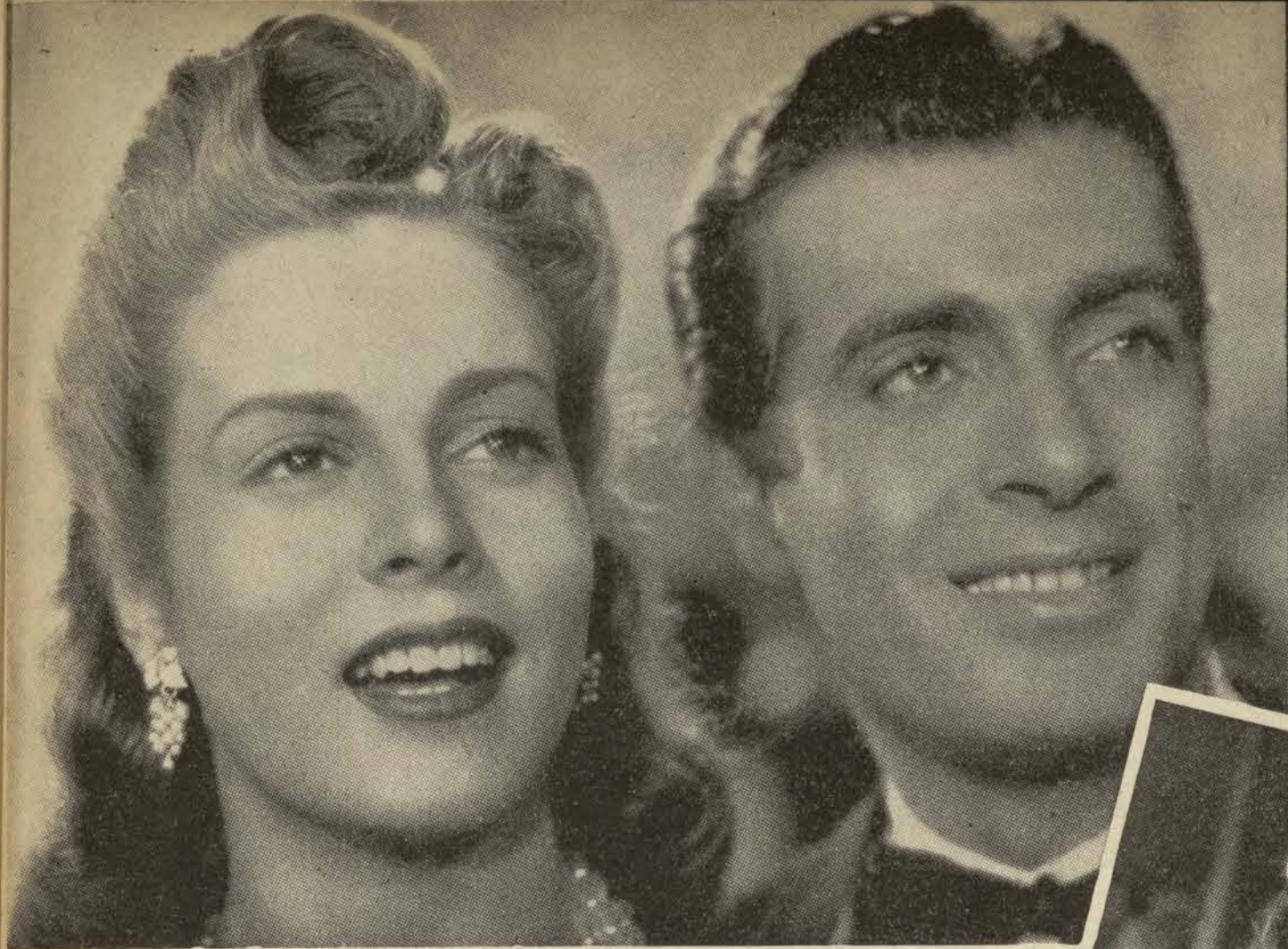
cogido para escribir su novela, recibe un telegrama de Teresa, que se encuentra en el hospital; ha sido operada y está triste, ¡por la pérdida de su apéndice!

En vista de que todo se opone a sus planes, resuelve Dühren escribir una novela distinta de la proyectada: "Teresa, mi mujer", así se llamará el nuevo libro, cuyo tema será la historia de su matrimonio feliz. Entusiasma al editor e indigna a Teresa, quien, al ver entregadas al sentimentalismo del público las intimidades de su vida, aplica una sonora bofetada al marido indiscreto, hallándose, incluso, dispuesta a la separación. Dühren, consternado, cree que todavía puede arreglarse el asunto, y acude al hotel en que se ha instalado su mujer; bastará pedirle que le perdone y retirar la obra. No es de tal opinión el director, y "Teresa, mi mujer", éxito de librería del año, sigue burlándose del matrimonio en los más céntricos escaparates y puestos de venta de publicaciones.

Teresa, el personaje de carne y hueso, busca en la decidida separación el consuelo de su vida destrozada. Toma el primer tren sin importarle a donde la conduzca, secando sus últimas lágrimas y viendo mitigada su pena por una señora de edad, su compañera de viaje, que la manifiesta su opinión de que la afinidad matrimonial consiste en comprender y perdonar. He aquí la panacea que la referida señora acaba de leer en "Teresa, mi mujer", y que escuchada por Teresa la incita a arrepentirse de lo hecho y regresar al hogar.

En la fiesta celebrada con motivo del L. Aniversario de la editorial, Dühren ofrece, por primera vez en su vida, el aspecto digno del autor de sus personajes de un tiempo. Nóda hace sonreír al popular novelista, que hasta contempla con amargura el feliz desenlace de los amores de Georg y Alexa, sus íntimos amigos, devolviéndola su alegría la inesperada presencia de Teresa, como corresponde al autor de una admirada novela en que se rinde tributo a la felicidad y al amor.





4  
U  
I  
L  
de  
LUZ

En las Manufacturas Sánchez-Bey, Octavio Saldaña, joven de vida oscura, sempiterno soñador, uno más entre los empleados de la importante empresa, ha ido aquella tarde al trabajo sin comer, porque unos gatos se dieron el gran banquete, a su costa, con el almuerzo.

Recibe órdenes de Bey, uno de los socios. Desde fuera, su madre le hace señas mostrándole un paquetito, hasta donde se lo permite la opacidad de la pantalla de cristal de la gerencia. Se trata de un bocadillo que, sin que lo pueda evitar el portero, pasa al despacho, en un descuido, la buena mujer, dolida por el forzado ayuno de su primogénito.

Poca cosa, en verdad, es un bocadillo. Hay faena, y Octavio, a quien sigue exigiendo el estómago, trata de hacerle el menor caso posible; pero en estos trances no vale desentenderse, y la consecuencia es un suave desvanecimiento que conmueve al señor Bey, bonachón si los hay, y cuando el desmayado vuelve en sí se encuentra con la grata sorpresa de que su jefe le invita a pasar, por su cuenta, un mes de magníficas vacaciones en el balneario de Montoso, que él ha protegido con esplendor. ¡Qué más da que Octavio carezca de trajes presentables! Su anfitrión se los procurará y aquí no ha pasado nada.

En el balneario de Montoso, Lelly Medina, guapa de veras y millonaria más de veras todavía, trata a Octavio y se dice: "¡Qué chico más fantástico!", poco más o menos. Octavio parece haber caído de pie, y llevado de su fantasía se hace pasar por apaleador de billetes.

Y en la crónica de sociedad del único semanario del referido lugar agnóstico se dice que entre la distinguida concurrencia del balneario figuran también: Mike y Moke, agregados de Turulandia—en realidad campeones de desaprensión—, llegados con objeto de contratar la concesión de uniformes de paño; Ernesto Cañete, apoderado de la casa Sánchez-Bey, encargado por la misma de vender el paño de invierno solicitado por aquel país fuera del mapa, ya que el de verano se lo escamoteó su competidora Medina y Compañía.

Fuera, gentío que no cesa de pasarlo bien, carótillos, barracas, venta de chucherías, tíos vivos, churros. Una verbena en toda regla, donde Octavio y Lelly se divierten sin tasa; en su pandilla figura Jacobito, el tipo más hueco que se pueda soñar, y los amigos de éste, que la gozan a su costa.

Más allá las luces del salón de fiestas del Casino; se celebra un baile animado y a él vuelven los citados "verbeneros". Jacobito, "en plan de idiota", como dice, y con el fin de hacer una "gansada" más, se dirige hacia una chica coja invitándola a bailar, en su propósito de convertirla en blanco de sus bromas, lo que consigue sin que ésta se dé cuenta de ello. Todos celebran la gracia, menos Octavio, que, más humano, se la birla, acompañándola toda la fiesta y reuniéndose después con Lelly, la cual, dándose cuenta de lo ocurrido y complacida de sus sentimientos, acaba por aceptarlo como novio.

Cañete, desleal y avaricioso, en lugar de realizar su cometido, descubre a Medina las órdenes que trae y le da la fórmula, previa fuerte comisión, para quedarse con las concesiones de uniformes de invierno, treta que falla al enterarse Octavio casualmente, pues telefonea a Bey poniéndole sobre aviso y trasladándose éste a Montoso, evitando el perjuicio para su casa, y quedándose con las concesiones.

Cuando menos podía suponerlo se presenta asimismo en el balneario la madre de Octavio, causando a éste gran zozobra su presencia, pues teme que, por cualquier indiscreción, se descubra su carencia total de numerario. Con objeto de impedirlo, la lleva a comer al campo; pero Lelly, Jacobito y pandilla han ido también de jira y se encuentran con él, originándose una situación comprometida para Octavio, situación a la que después de varios apuros logra sobreponerse, y con la que termina presentándoles a su madre como tal.

Roto ya el encanto, marcha del balneario, rompiendo, sin leer, la carta que Lelly le ha escrito, y regresando a su oficina donde Bey le felicita de nuevo por lo que ha hecho al defender sus intereses, reprendiéndole afectuosamente por haber enamorado y ocultado a Lelly su verdadera posición social.

Al quedar solo, Bey visita a Medina, su gran rival en los negocios, quien, en su juventud ya lo fuera, al quitarle la mujer que quería, proponiendo salvarle de la ruina si accede a que su hija Lelly se case con Octavio, aceptación que consigue.

Aquella misma noche son invitados Octavio y su madre para asistir a una fiesta que da Bey en su casa. Aquél, al ver en ella a Lelly, quiere marcharse; pero su jefe reúne a ambos, así como a la madre de Octavio y a Medina, presentando al primero como su apoderado y anunciando seguidamente la ansiada boda de los dos jóvenes y la unión de las firmas Sánchez-Bey y Medina en los negocios.

Con lo cual se consolida la "huella de luz" en la vida sencilla de Octavio al definir primavera el amor.

ISABELITA DE POMES y ANTONIO CASAL,  
protagonistas de la película.





caras

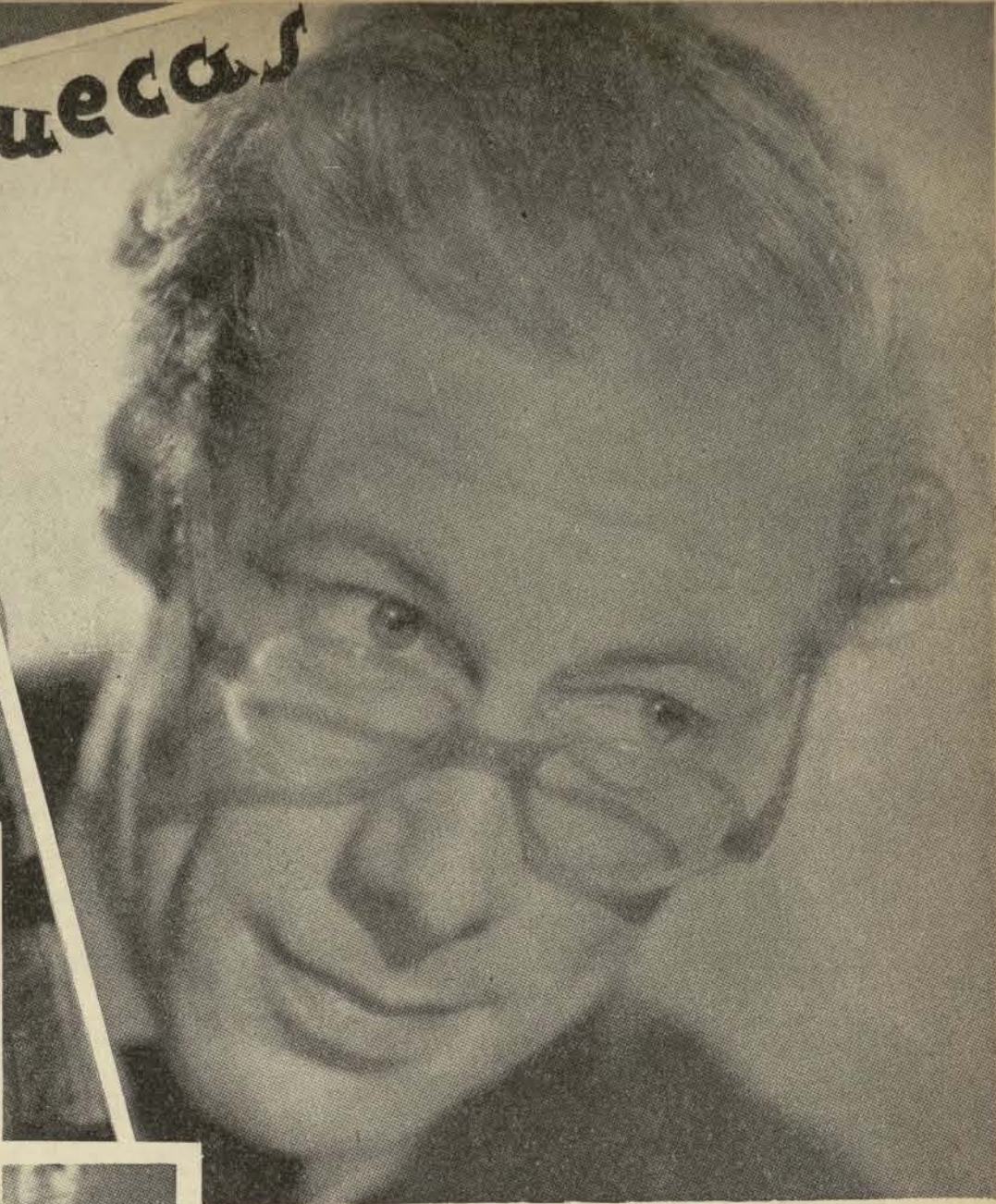
sin muecas



↑ Tipo de vigor y de fuerza varonil expresado por Antón Walbrook en su papel de una obra cinematográfica, sin la más mínima forzada de las líneas del rostro. Otra actuación de este actor se puede recordar también como ejemplo de sobriedad: la del Príncipe consorte en la película *Victoria Regina*.

→ Bernard Shaw tuvo un momento de reclamación contra el gesto de los actores, pidiéndoles, en cambio, más estatismo. Este Rex Harrison, en su interpretación de *Pigmalión*, pudo conseguir, cuando la versión cinematográfica fue llevada a cabo, lograr los más finos matices de expresión en forma natural y «a cara descubierta», como puede apreciarse.

↓ Lawrence Olivier, uno de los hombres más destacados por su sobriedad en la interpretación, y en el que el maquillaje no pide una huella decisiva gracias a la intensidad expresiva que consigue con la mirada. Virtud ésta que ayudan a conseguir mucho los claros y luces de la cinematografía.



Los actores modernos han cambiado el gesto por la expresión. El cine, con el «primer plano», ha sido el causante de esta transformación

El cine ha ido haciendo a los actores más sobrios en gesto. Naturalidad es lo que se percibe ahora en el rostro de un Leslie Howard o un Ronald Colman. Apenas varían en ellos dos o tres surcos de sus caras. La misma característica de Adolph Wolbrouck es la de un detalle humano, un "tic", cual el del cigarrillo en la boca o su típico peinado de una onda sobre la sien derecha, suficiente para incorporar a la fisonomía una personalidad.

Al acercarse la cámara al rostro del comediante, ha eliminado de aquél contracciones innecesarias. Se debilita el tono, porque no se precisa acusar tanto las arrugas faciales para denotar la situación del personaje. La mímica se relega, por tanto. Tal es el secreto que se debe a David Ward Griffith con su invención del "primer plano", hoy ya en uso de todos los directores. El objetivo, al emplearse así, capta la tensión con toda su fuerza expresiva para recoger de la mirada del actor lo que experimenta su "yo representativo".

Se ha dicho muchas veces que los "ojos hablan". Son los semáforos de la expresividad. Y al tenerlos ampliados en la pantalla, el actor se ha visto en la precisión de modificar su antigua escuela del gesto. A esta norma parecen ajustarse los intérpretes de la escuela anglosajona. Caras con mucho valor comunicativo y pocas contorsiones. Porque, a una distancia tan cercana, los gestos descompondrían un poco la figura y resultaría histriónica. Incluso el maquillaje ha ido desprendiéndose de su antigua complicación de peluqueros y masajistas. Una simple barba natural recortada, unas gafas u otro detalle sin importancia, son bastante. Al actor se le pide expresividad y expresividad. Y se le tolera mejor el defecto del hieratismo que la excesiva deformación de sus rasgos. Con Lon Chaney murieron para el cine la máscara y el gesto.

El gesto tuvo su justificación en otro tiempo como recurso de las actitudes escénicas. En realidad, puede decirse que era la virtud primordial para la representación, pues había de contarse con el último espectador del anfiteatro o de la galería. Esto era en el teatro: movimientos del prosenio, que tenían que ser percibidos en la última latitud de la sala. Y por eso las normas del comediante se sujetaban a tres preceptos básicos para su actuación: dicción, gesto y compostura. La figura era cuidada con esmero, para que llegase el subrayado donde no podía llegar el matiz de la voz.

Tiene el gesto, necesariamente, una aportación innegable de efectividad en la tragedia: Medea clama y Macbeth arremolina agitadamente sus brazos contra la sombra del crimen que le atormenta. De aquí que Sara Bernhardt muriese tan insuperablemente en la escena. La Duse agitaba las convulsiones d'annunzianas con todo el patetismo de cabellos mesados, a fin de acentuar el dramatismo de la creación. Aquí, Borrás; en Méjico, la Montoya; hubo un tiempo de actores que tenían magnetismo en los miembros, capaz de electrizar la emoción en la distancia y en esa otra dimensión espiritual de la escena. Hoy, eso es más bien un recuerdo de una época.

Han influido en esta evolución los desusos de un género determinado, así como entonces, con el empleo constante del gesto, se llegara a la gesticulación en quienes no eran capaces de llegar al tono justo. Porque la gesticulación no es más que una distorsión deformadora de los surcos en el rostro y la mímica en los brazos.

El cine—repetimos—ha venido a modificar todo eso. El mismo Emil Jannings, con su formidable maestría, relega ahora, como también Harry Baur, el antiguo modo, para dejar un sello más plástico en la meticulosidad de sus actuaciones. Y es que nada de ello les es necesario. Véanse estas tres caras de actores cinematográficos ingleses en su magnífica gama de sobriedad y de expresión, sin una mueca de más.

JOSE-FELIX TAPIA





**MANDO  
SINIESTRO**

con  
**CLAIRE TREVOR  
JOHN WAYNE  
WALTER  
PIDGEON**

DIRECCION:  
RAOUL  
WASH

**CANELITA  
EN RAMA**

con  
**JUANITA REINA  
JOSE MASEOANE  
PASTORA IMPERIO**

PRODUCCION  
RAFA-FILMS

*presenta*

**PROXIMAMENTE**

## CANELITA EN RAMA

Andalucía. Gracia gitana.  
Rocío—«calé» de nacimiento y señorita de condición, por la instrucción que ha recibido y el medio social en que se desenvuelve, como hija natural de D. Juan, aristócrata sevillano—, a la salida del colegio en que su padre la

tiene desde la muerte de su madre, es presentada por aquél en su hogar como ahijada suya. Cuenta la niña quince primaveras, muy bien llevadas por cierto, y educada, como lo ha sido, en un espléndido pensionado del extranjero, posee una esmerada educación,

poco frecuente en los de su raza.

Coincide su llegada al hogar paterno con la de Rafael, que llega de Inglaterra, donde, a su vez, se educó como hijo y heredero legítimo de D. Juan.

Desconcierta y atrae a Rafael, desde el principio, el carácter ale-

gre y decididor de «Canelita»—así llaman a Rocío—, molestándole sobre todo la parentela de la joven, tres viejos gitanos que desde hace tiempo viven a costa de su padre.

Hilarantes escenas entre Rafael y los gitanos, que no dejan de hacer de las suyas. «Canelita» los defiende por bondad y casta.

Surge lo inesperado para don Juan: el amor de Rocío y Rafael, que acaban siendo novios, al ignorar que son hermanos, con la invencible y consiguiente oposición de D. Juan, que no halla en los parientes de ella la ayuda necesaria; viéndose precisado a confesar a su hijo la verdad, con dolor para los enamorados al conocerla, dispuestos a separarse para siempre.

Alegría de pronto para todos. Los gitanos acaban por poner en antecedentes a D. Juan, que lo han tenido engañado desde que lo conocen, pues Rocío no es hija suya y sí de un pintor de Utrera, como puede comprobarlo cuando guste.

Magnífico cuadro de vendimia en los campos de Jerez. Fiestas, bailes típicos. El folklore andaluz en toda su brillantez para fondo de un mutuo «¡te quiero!», con cuyas consecuencias sentimentales se desquitará a sus anchas la pareja feliz.



**HÉRCULES FILMS, S. A.**

P R E S E N T A R Á A  
L U I S H U R T A D O

Y

B L A N C A D E S I L O S

E N

**LA CASA DE LA LLUVIA**

C O N

**CARMEN VIANCE Y NICOLÁS PERCHICOT**

Argumento: W. FERNÁNDEZ FLÓREZ - Adaptación y guión: ANTONIO ROMÁN y PEDRO DE JUAN  
Diálogos: W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

Jefe de producción: PEDRO DE JUAN  
Segundo operador: MELLA

Primer operador: GUERNER  
Maquillador: CARRASCO

**CUARTA GRAN REALIZACIÓN DE ANTONIO ROMÁN**  
HÉRCULES FILMS PRODUCE SIEMPRE LO MEJOR





## A MODO DE INTRODUCCIÓN

Muchas y muy prestigiosas firmas han roto infinidad de lanzas o han tratado con mayor o menor valentía temas relacionados con el teatro, en sus múltiples manifestaciones. Últimamente, el prestigiosísimo crítico de *Informaciones*, Alfredo Marquerie, en su libro titulado «Desde la silla eléctrica», aborda, con su pluma maravillosa y fácil, cuestiones relacionadas preferentemente con el juicio que le merecen los diferentes autores que han estrenado en estos últimos tiempos y con aquel otro que se refiere a la labor de sus intérpretes.

Con su honradez y sinceridad, que esmaltan y aureolan su ya larga actividad crítica, Alfredo Marquerie, periodista ágil, certero y justo, pero implacable y sereno a un tiempo, se limita solamente—porque ésta es la finalidad de su primer libro teatral— a operar sobre la mesa del quirófano escénico con los afilados instrumentos de su pluma y de su rígido criterio sobre el cuerpo enfermo de una producción escénica decrépita.

Alfredo Marquerie no ha entrado—porque éste no era su propósito— en ningún otro aspecto de la vida teatral. No obstante, bueno será consignar aquí, como un síntoma plagado de risueñas esperanzas, la elevada finalidad y la valentía con que se enfrenta a la realidad teatral, en cuanto a la labor de nuestros autores e intérpretes respecta.

Mas el teatro y la vida que le circunda no se limitan solamente a los comediógrafos y a los cómicos. El teatro, que en nada se parece a cualquiera otra de las manifestaciones de la vida, tiene graves y urgentes problemas que resolver. De ello dependen muchas cosas, y de su feliz y pronta resolución cabría esperar días de ventura para la escena nacional, en todos los aspectos.

Si Alfredo Marquerie ha dado al traste con mitos e ídolos, levantados inexplicablemente en otra época, y que ahora se limitaban a supervivir en continua explotación de su falso prestigio, nosotros, con nuestra modestia, pero también con nuestra honradez acrisolada, queremos desde hoy romper todas las lanzas que reclaman apremiantemente los muchos

problemas planteados de telón para adentro, y aquellos otros que la vieja e intolerable costumbre administrativa mantiene, como un desafío, en contra de toda ley divina y humana.

TAJO, abierto generosamente a cualquier iniciativa que redunde en beneficio de la vida teatral, va a prestar desde hoy especial atención a todas las cuestiones que representan una iniquidad manifiesta para el desenvolvimiento próspero de nuestra escena y de cuantos viven de ella. Por nuestras páginas desfilarán, de un modo objetivo, temas de palpitante actualidad—desgraciadamente, todos los temas teatrales han sido siempre de palpitante actualidad, porque jamás se han tratado con el debido valor—inabordados hasta hoy con la claridad que reclama su rápido remedio. De que nuestra intención habrá, de seguro, interpretarse torcidamente, estamos de antemano tan convencidos, como firmes en nuestra empresa.

## DESDE MI BUTACA

Eslava ha dado a conocer recientemente una nueva opereta. Nadie que no fuese esta sugestiva «estrella» de nuestro género arrevistado podría enfrentarse con la frialdad y la seguridad en el éxito con que Celia Gámez persevera en la admisión de libros de pobre ingeniosidad y de mediana gracia. Hay quien asegura que esta extraordinaria mujer, capaz no solamente de interpretar con acierto insuperable cualquier comedia, sino de dirigir y montar absolutamente todos sus espectáculos, concede poca importancia al libro. Aun cuando esto sea tema que no nos incumbe, sin embargo, llevados de nuestra gran admiración y de nuestro cariño, habrá de perdonárenos que disentanmos.

Celia precisa, ante todo, libros gratuitos, ingeniosos, porque con su exquisito gusto sabría ella—si adoleciesen de chabacanería, por ejemplo—, limarlos suficientemente, hasta adaptarlos a ese estilo personalísimo que con acierto innegable ha sabido imprimir al género.

«Rumbo a pique», libro de Rafael Duyos y Vila-Belda, adolece de ese defecto imperdonable que supone no aprovechar todo cuanto Celia sabe dar de sí y los excelentes elementos que la rodean. Gracias a ese gusto maravilloso con que la gran «vedette»



CELIA GÁMEZ

monta sus comedias musicales, a la interpretación acertadísima, a la partitura de Salvador Ruiz de Luna y, sobre todo, a ella, especialmente al prestigio de su arte y a su extraordinaria simpatía, «Rumbo a pique» será en Eslava otro de los grandes éxitos representativos con que Celia llenará otra página gloriosa de su brillante vida artística.

En Fontalba se ha presentado la compañía lírica de Elio Guzmán con «Marina». Antes de la hora del estreno se sabía que Elio Guzmán estaba aquejado de una fuerte afonía. Sin embargo, el eminente tenor, obrando un poco a la ligera, y sin reparar en el carácter señorial de la sala donde reaparecía, ni la expectación suscitada en su torno, salió, llevado de su mejor buena voluntad, a cantar la célebre ópera española. Elio hubo de abandonar la representación al final del primer acto. La afección, como era de esperar, se agudizó, y el gran cantante ha tenido que someterse a un tratamiento riguroso.

No obstante, la campaña lírica de Fontalba ha proseguido su curso con brillantez. Dos figuras prestigiosas han sido incorporadas al elenco de Elio Guzmán y han cantado a teatro lleno «Doña Francisquita» y «La tempestad»: Matilde Vázquez y Calvo de Rojas.

En el Colisevm, y con el teatro materialmente abarrotado de público, se ha estrenado la comedia arrevistada de Luis Muñoz Lorente y Luis Tejedor, con música del maestro Guerrero, «Mil besos». Como todas las comedias que desde hace tiempo le han antecedido en aquella magnífica sala, «Mil besos» ha sido un verdadero alarde de presentación. Jacinto Guerrero ha escrito otra partitura pegadiza y vibrante, llena de inspiración y rica en melodías de la mejor escuela europea. Tiene números logradísimos, tales como el valenciano y el del xilofón. El libro, de diálogo limpio y correcto, tiene momen-

tos de gracia e ingeniosidad, aunque parece olvidarse que en Colisevm hay un actor cómico de la calidad de Ortas. Una interpretación acertada esmaltó el acontecimiento, y por línea de méritos, Conchita Leonardo estuvo a la altura de siempre, así como Casimiro Ortas, Amparo Sara, Araceli Castro e Isabel Lorente, e igualmente acertado el resto de los actores y actrices que integran el elenco, sin olvidarnos del numeroso y magnífico conjunto, bien dirigido por el joven maestro Monra.

## DEL MUNDILLO DE LA FARÁNDULA

El lunes, por la noche, Conchita Piquer emprendió su jira por provincias. La genial canzonetista se presenta en Málaga, y pasa más tarde a Sevilla y Córdoba, para continuar su excursión por las principales capitales del Norte y terminar su actual campaña en Zaragoza, que coincidirá con el comienzo del rodaje de la película «Filigrana», por la cual la extraordinaria «estrella» de la canción percibirá la suma de sesenta mil duros.

En los comienzos del invierno próximo, Conchita reanudará sus actividades escénicas con la presentación de su nuevo espectáculo en el teatro Barcelona, de la ciudad condal, y terminará su futura campaña en marzo, en el Fontalba, cuyo contrato se firmó la noche del domingo último.

Esta será la última actuación en España de Conchita Piquer, porque inmediatamente emprenderá una larga jira por tierras de América, ventajosamente contratada por el empresario argentino señor Reforzo.

María Arias y Luis S. Torrecilla estrenan la noche del viernes la comedia de Rafael López de Haro «Sencillamente». Lástima que apremios de tiempo nos impidan ocuparnos en este número de este nuevo suceso escénico, que registraremos la semana próxima, como merece.

EL DUENDE DE LA GLORIETA



CONCHITA LEONARDO





ALARMA Y BARTOLI

No siempre van a ser los autores o los músicos o los intérpretes de un espectáculo triunfal quienes reclamen la atención del cronista. En esta ocasión, después del éxito enorme de «Mil besos», hemos hecho objeto de nuestras preferencias, no a los señores Tejedor y Muñoz Lorente, ni al



CARMEN CAPISTROS

inspirado maestro Guerrero, a quienes enviamos nuestra sincera felicitación, ni tampoco a la gentil Conchita Leonardo, ni al gracioso Casimiro, sino a los escenaristas y a los creadores del vestuario de esta espectacular comedia arrevisada, que habrá de llenar, durante mucho tiempo, la amplia y magnífica sala de Colisevm.

Para que nos cuenten algo relacionado con la presentación de «Mil besos», estamos aquí, frente a frente del vivaz e inquieto Bartoli y del amigo Alarma. Junto a ellos, Agustín Torres y las hermanas Isabel y Carmen Capistros, las famosas creadoras de modas de la ciudad condal. En la reunión hay, como es natural, la consiguiente alegría y no poco optimismo. Cada uno de ellos lee y relee las críticas de los diferentes diarios madrileños del reciente estreno

de Colisevm. Todos se quejan de que en casi todas ellas no haya una mención personal a su labor.

—Los críticos—aclaramos—, raras veces aluden a los creadores de la escenografía o del vestuario.

En este instante, todos quieren intervenir para responder a la primera de nuestras preguntas. Advertimos que no tenemos preferencias y que será mejor que hable primero uno, y otro después, como es natural, ¿no les parece? Y, en efecto, Alarma pone freno a su locuacidad y cede los trastos a Isabel y Carmen Capistros, pero éstas ceden, a su vez, la palabra a Agustín Torres.

—La casa de modas Hermanas Capistros lleva ya más de treinta años de existencia. Tenemos teléfono, ¿sabe?—agrega el orondo Torres, con cierto gracejo—, el 11871, y vivimos en Nueva de la Rambla, 33, para lo que usted quiera mandar.

—Muchas gracias—replicamos un tanto escamados, para preguntar, muy serios: —¿Cuántos talleres tienen ustedes?

—Tres. En ellos hemos ocupado a más de sesenta oficiales. Antes, solamente atendíamos a una reducida y selecta clientela particular y a determinadas empresas teatrales. Hoy podemos salir adelante con cualquier encargo, por muy importante que sea.

—¿Cuántos años llevan establecidos?

—Treinta. Desde esta fecha hemos vestido las mejores obras de la inolvidable doña María Guerrero, y hemos montado de una vez, hace tiempo, ocho obras diferentes para la compañía de Vilches.

—¿Qué éxitos recuerda usted con mayor preferencia?

—Los Velascos del Apolo, muchas de las más triunfales obras del teatro Martín, cuando la Taberner y la Carvajal. Los del Cómico, de Barcelona, y los de Calderón.

—¿Qué últimas obras han vestido ustedes?

—Antes de «Mil besos», «La media de cristal», «¡Oh, el tiro-liro!», la película «Boda accidentada» y «Verónica».

—¿Y en preparación?

—Ayer mismo recibimos el encar-

Después del estreno de

# "MIL BESOS"

UN TRIUNFO GRANDIOSO DE LA CASA DE MODAS CAPISTROS Y DE LOS ESCENÓGRAFOS ALARMA Y BARTOLI

Y un éxito de libro, música e interpretación, sin precedentes en Colisevm

Breve charla con unas modistas y dos pintores.—Tres talleres de alta costura con más de sesenta oficiales.—Alarma-Bartoli, una razón social de gran prestigio teatral.—Lo que preparan y lo que han hecho estos artistas del pincel y de la aguja

go de vestir «La rana verde», comedia musical, con la que Alady y Lepe harán su presentación en el Español, de Barcelona, el sábado de Gloria. Para la compañía de Casals estamos confeccionando «Una semana de amor», de Francisco Loygorri y el maestro Moraleda. La fantasía folklórica de Sacha Picher. También tenemos el encargo de la empresa del Martín para el nuevo vestuario de «Luna de miel en El Cairo» y el de la nueva formación que dirige Conchita Pérez, así como otros que ahora no recuerdo con exactitud.

## El triunfo de Alarma-Bartoli

Aunque comercialmente nada tienen que ver entre sí estas dos razones sociales, sin embargo, en casi todos los grandes éxitos escénicos han ido del brazo la casa Capistros y los talleres de escenografía moderna Alarma-Bartoli. Esta circunstancia permite la gran amistad entre ellos y explica que los escenografistas hayan dado la preferencia en este reportaje a las dos grandes creadoras de la moda teatral, hábilmente representadas por nuestro anterior interlocutor Agustín Torres.

Los talleres de escenografía Alarma-Bartoli tienen en Barcelona más de 78 años de existencia. Desde los tiempos de Soler y Robirosa, pasando por Burgos, Alarma, padre, el gran pintor catalán, que tuvo por discípulo predilecto al alma viajera y artista de Bartoli, con quien ahora Antonio Alarma ha vuelto a asociarse, para ampliar, conforme a las más modernas exigencias, los grandes talleres que la entidad posee en Barcelona.

La nueva razón social está considerada como una filial de la casa del famoso escenógrafo parisiense Max Weldy, a cuyo lado Bartoli ha perfeccionado aún más sus estudios, hasta adquirir ese estilo que caracteriza a su pintura escenográfica moderna neoclásica. Actualmente, la casa Alarma-Bartoli mantiene estrechas relaciones con la del gran escenógrafo francés, con quien sostiene un intercambio artístico que permite a los modernos talleres catalanes dotar a nuestros escenarios del más moderno decorado, como ha ocurrido con el fastuoso de «Mil besos», en Colisevm. Como a las Capistros, también a éstos hacemos las preguntas de rigor:

—¿Qué preparan ustedes ahora?

—Los decorados para la primera comedia arrevisada de la gran compañía Oca, de Alady y Lepe. También tenemos en marcha los del espectáculo de Mari Paz y los de Conchita Pérez. Para el próximo octubre

estamos pintando los de la nueva revista de Johan Kpps, «Quinta Avenida», para Jacinto Guerrero, así como el nuevo decorado de «Luna de miel en El Cairo», para Barcelona. ¡Ah!—exclama—, y toda la escenografía de la compañía italiana y «La semana de amor».

—¿Sus triunfos recientes?

—El montaje de «La media de cristal» «El Tenorio» montado a Guitart y las representaciones de «Nene», en el Principal Palacio.

Y si siguiésemos preguntando, estamos seguros de que aún estaríamos tomando anotaciones, porque si Alarma es igual en el trabajo que hablando, estamos convencidos de que el porvenir que le aguarda no puede ser más sonriente. Tan sonriente como él.

R. POLO



ISABEL CAPISTROS

En el teatro Cómico, y por la compañía de María Arias y Luis S. Torrecilla, ha sido repuesta «El Rosario», de Florencia R. Barcala, obra con la que en el verano último se presentaron en Madrid, y sobre la que la crítica emitió oportunamente su fallo feliz. Ahora, como entonces, la interpretación estuvo muy ajustada. María Arias cosechó, con Luis S. Torrecilla y el resto de su elenco, muchos y merecidos aplausos.

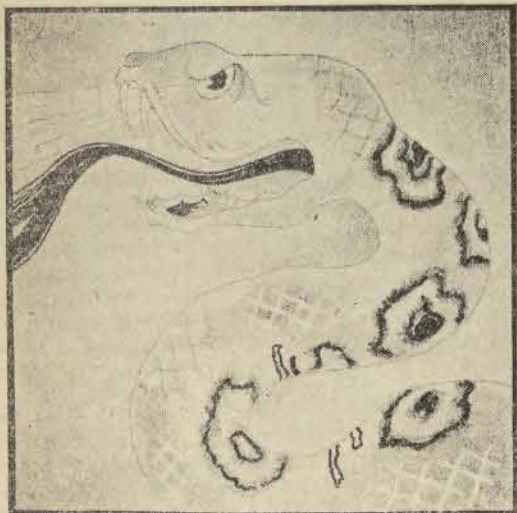
★

María Fernanda, en Calderón, también exhumó uno de sus grandes éxitos sobre los que descansa su extraordinaria popularidad: «La mujer X». Ni que decir tiene que la gran actriz volvió a reverdecir los laureles conquistados y a hacerse aplaudir como entonces.





PARTE PRIMERA.—Capítulo XVI.—La flauta misteriosa.



I.—En trance difícil dejamos a la Princesita y a los malvados ante la amenaza del poderoso reptil. Este avanza, fascinador, hacia los malvados, que sienten correr por sus cuerpos un sudor frío.



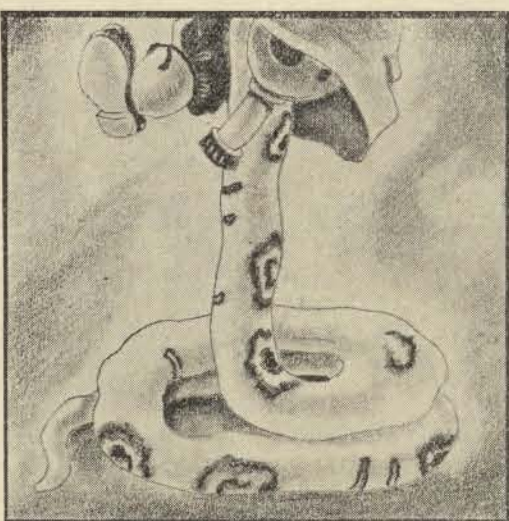
II.—La infame bruja Perruna hace de tripas corazón, y, mirando fijamente a la serpiente, pronuncia—entrecortadas por el miedo—unas palabras satánicas, acompañadas de unos pases magnéticos, como prueba de sus artes diabólicas.



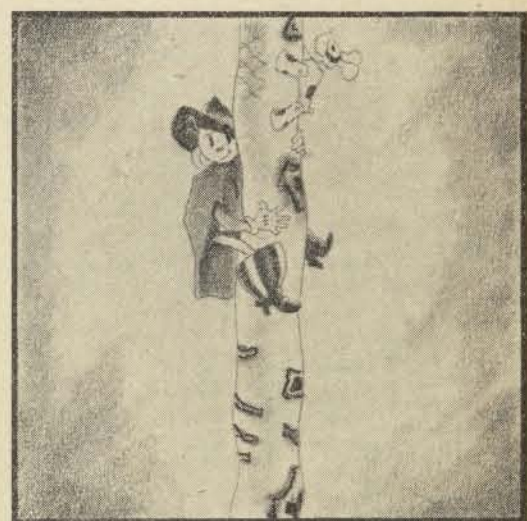
III.—Una deliciosa música rasga los aires, y a su conjuro la serpiente queda encantada poniéndose vertical como un garrote. La infame bruja Perruna mira con aire de triunfo al malvado tío Patapalo, y dice: "¿Qué te parece?" —"Que eres una verdadera bruja."



IV.—Pero no, no ha sido la infame bruja Perruna la que ha encantado a la serpiente, sino nuestro valeroso Pirete, que para salvar a la Princesita ha cogido un trozo de caña y ha hecho una soberbia flauta ante el asombro de Pirata.



V.—Los malvados, viendo al reptil tieso como un palo, se les ocurre utilizarlo para ponerse a salvo. Y, en efecto, cogen a la Princesita en brazos, trepan y salen por el mismo agujero que penetró la terrible serpiente.



VI.—Nuestros amigos Pirete y Pirata hacen lo mismo para no perder de vista a los malvados. Pirata está maravillada, y no pudiendo callar su entusiasmo, le dice a Pirete: "Eres admirable, tocas la flauta como Bartolo."



VII.—Entrando en unas habitaciones y saliendo de otras, llegaron a una puerta en donde un papel clavado decía así: ¡QUIEN ENCONTRARE LOS PLANOS, SUYO SERA EL TESORO! La Princesita abrió la puerta y...



VIII.—...se encontraron en una reducida sala sin más ventilación que una vieja y mugrienta chimenea. La infame bruja Perruna da un grito de júbilo. Es que sobre unas piedras ha visto un cofre iluminado por un velón.



IX.—Rápidamente se apodera la infame bruja Perruna del cofre, y como no tiene llave hace con un mondadientes una ganzúa. Lo abre y exclama: "¡Patapalo, ya tenemos los planos! ¡Volemos hacia la Isla del Tesoro!"

Ilustraciones y texto de ROSKI-PINEL.  
(Continuará en el próximo número.)





FRANCES DEE

GARI COOPER





EL "GALLO"